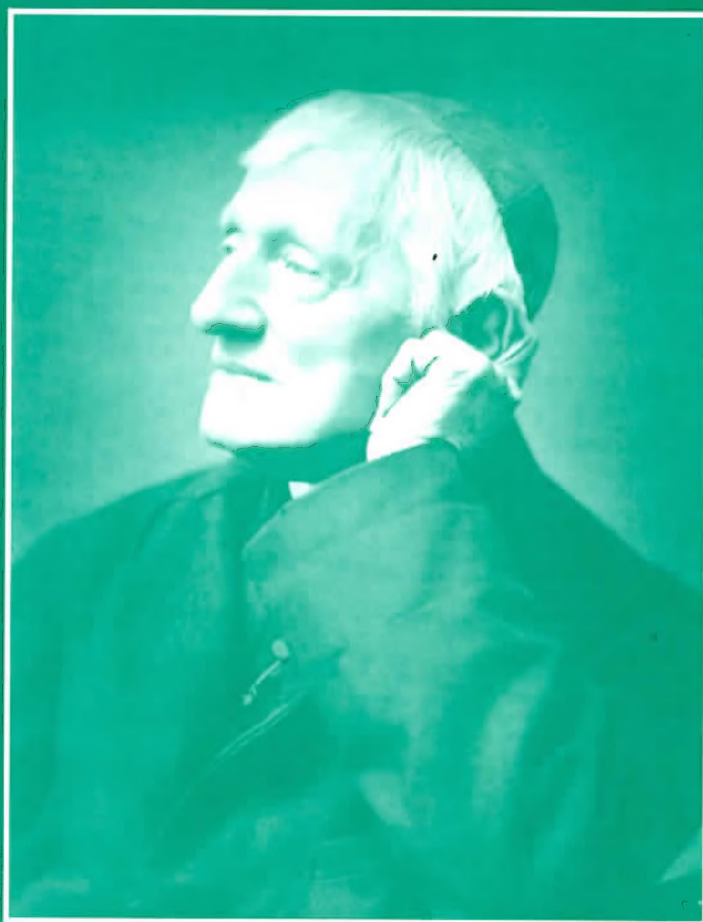


NEWMANIANA

AÑO X - NUMERO 30

SEPTIEMBRE 2000



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

LIFT - VAN

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m2 cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

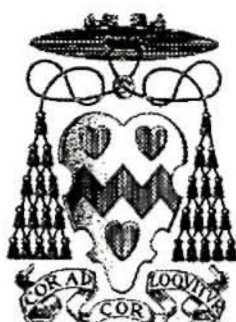
- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 4445-0230/0282 • 4741-7447/7236/7286 Fax: 4741-7211

NEWMANIANA



Año X - N° 30

Setiembre 2000

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Lic. Silvia Rodríguez Quiroga

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. Buenos Aires

República Argentina

Sumario

Editorial

Newman y el indiferentismo religioso2

Sermón

El misterio de la Santísima Trinidad4

Traducción de Fernando María Cavaller

XI° Encuentro Newmaniano

Newman en la universidad12

Fernando María Cavaller

Sermón

La Comunión de los santos24

Traducción de Silvia Rodríguez Quiroga

Históricas

Los trabajos de Basilio30

La Historia de los Padres, Historical Sketches,
por John Henry Newman

Traducción Inés de Cassagne

ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un
siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo
glorificas por medio de evidentes signos y milagros.
Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia*



*que ahora imploramos por
intercesión de John Henry
Newman. Por su devoción
a Tu Inmaculada Madre y
su lealtad a la sede de
Pedro, pueda ser
nombrado algún día entre
los Santos de la Iglesia.
Amén.*

Newman y el indiferentismo religioso

Como pensamiento de Newman en consonancia con la reciente Declaración Dominus Iesus (6-8-2000), recordamos una vez más parte de su alocución en Roma con motivo de la recepción del capelo cardenalicio en 1879. El testimonio de Newman nos muestra hasta qué punto el relativismo e indiferentismo religioso estaba ya extendido por el mundo cristiano de entonces, y cómo su influencia ha aumentado.

Veamos algunos párrafos de la Declaración y luego el texto de Newman:

4. El perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativistas, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo de facto sino también de iure (o de principio). En consecuencia, se retienen superadas, por ejemplo, verdades tales como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad — aun en la distinción — entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo.

Las raíces de estas afirmaciones hay que buscarlas en algunos presupuestos: ...la actitud relativista con relación a la verdad, en virtud de lo cual aquello que es verdad para algunos no lo es para otros; el eclecticismo de quien, en la búsqueda teológica, asume ideas derivadas de diferentes contextos filosóficos y religiosos, sin preocuparse de su coherencia y conexión sistemática, ni de su compatibilidad con la verdad cristiana. (...) Se elaboran algunas propuestas teológicas en las cuales la revelación cristiana y el misterio de Jesucristo y de la Iglesia pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica, o al menos se arroja sobre ellos la sombra de la duda y de la inseguridad.

22. Con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido la Iglesia para la salvación de todos los hombres (cf. Hch 17,30-31). Esta verdad de fe no quita nada al hecho de que la Iglesia considera las religiones del mundo con sincero respeto, pero al mismo tiempo excluye esa mentalidad indiferentista «marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que «una religión es tan buena como otra»».

Los Padres del Concilio Vaticano II, al tratar el tema de la verdadera religión, han afirmado: «Creemos que esta única religión verdadera subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla a todos los hombres, diciendo a los Apóstoles: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado» (Mt 28,19-20). Por su parte todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla».

“Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran error. Por treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso. ¡Nunca la Santa Iglesia ha tenido más necesidad de héroes que lo resistan con más urgencia que hoy, cuando, oh, tal error se desparrama como una trampa, por toda la tierra ! Y en esta gran ocasión en que es natural para alguien que está en mi lugar echar una mirada sobre el mundo y sobre la Santa Iglesia en él, y sobre el futuro, no será considerado fuera de lugar, espero, si renuevo la protesta que he hecho tantas veces. El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como ‘verdadera’. Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir lo que le impacta más a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden asistir igualmente a las iglesias protestantes o católicas y pueden sacar provecho de cualquiera de ellas o de ninguna. Pueden fraternizar juntos en pensamiento y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad. De ahí que siendo la religión una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada, debemos necesariamente ignorarla en las relaciones de los hombres entre sí. Si un hombre se pone una nueva religión cada mañana, ¿qué te importa a ti? Es tan impertinente pensar acerca de la religión de un hombre como acerca de los medios de su familia. En ningún sentido, la religión es una obligación para la sociedad...Hasta ahora el poder civil ha sido cristiano. Aun en países separados de la Iglesia, como el mío, el dicho en vigor era, cuando yo era joven: ‘El cristianismo es la ley del país’. Ahora, en todas partes, esa excelente estructura de la sociedad, que es la creación del cristianismo, está echando afuera al cristianismo. El dicho al que me refiero, como cientos de otros que le siguen, se ha ido, o se está yendo de todas partes, y, para fin del siglo, a menos que el Todopoderoso interfiera, habrá sido olvidado. Hasta ahora, se ha considerado que la religión sola, con sus sanciones sobrenaturales, era suficientemente fuerte para asegurar la sumisión de la masas de nuestra población a la ley y al orden ; ahora los filósofos y los políticos se pliegan a satisfacer este problema sin la ayuda del cristianismo. En lugar de la autoridad y la enseñanza de la Iglesia, ellos colocan primero de todo una educación universal y completamente secular, calculada para convencer a cada individuo que ser ordenado, industrioso y sobrio son su personal interés. Luego, para los grandes principios del trabajo que toman el lugar de la religión, para el uso de las masas educadas cuidadosamente de este modo, se provee de las amplias y fundamentales verdades éticas de justicia, benevolencia, veracidad y similares, probada experiencia, y esas leyes naturales que existen y actúan espontáneamente en las sociedad y en cosas sociales, sean físicas o psicológicas, por ejemplo, en el gobierno, comercio, finanzas, experimentación sanitaria, y las relaciones internacionales. En lo que concierne a la religión es un lujo privado, que un hombre puede tener si lo desea; pero por el cual, claro está, debe pagar, y con el cual no debe entrometerse ni molestar a otros...El carácter general de esta ‘gran apostasía’ es único y el mismo en todas partes, pero en detalle y características varía según los diferentes países...Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito.”

Parochial and Plain Sermons Vol 6, 24
Predicado en St. Mary de Oxford en fecha no conocida
(por supuesto antes de 1843)

El misterio de la Santísima Trinidad

(Domingo de la Trinidad)

Continuando con la traducción de los sermones de Newman, predicados en la iglesia de la Universidad de Oxford como Vicario, leemos otro sobre la Trinidad, habiendo publicado ya uno en el número anterior. También este fue predicado el Domingo de Trinidad, y nos ayuda a adentrarnos como dice su título en el "misterio" mismo de Dios, Uno y Trino, revelado por Jesucristo y profesado por la Iglesia.

*Id e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre
del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28.19)*

Las palabras de este texto muestran ciertamente, de manera muy satisfactoria e indisputable, que en cierto sentido real el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son a quienes debemos servir y adorar, de quienes viene el Evangelio de la gracia y en quienes se centra la profesión de cristianismo. Cuando Cristo partió, les dio un encargo a Sus Apóstoles y les dijo qué enseñar y predicar, y primero de todo qué tenían que llevar a sus conversos a profesar la fe en Él, llevarlos a Su Iglesia, y hacerlo a través de un rito solemne, que, como ya le

había dicho a Nicodemo antes, iba a otorgar una elevada gracia espiritual. Esta solemne y sobrenatural ordenación de discipulado debía ser administrada ¿en nombre de Quién? ¿Podemos dudarlo? En nombre de Aquel de quien los conversos llegaban a ser discípulos, de ese Dios a quien, desde ese día en adelante, confesarían y adorarían, a quien prometerían obedecer, en cuya palabra confiarían, por cuya generosidad serían recompensados. Sin embargo cuando Cristo nombró a Dios dijo "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".



La Santísima Trinidad en el lienzo de Tiziano "La Gloria", que se conserva en el Museo del Prado, Madrid.

Yo considero que frente a sus mismas palabras sagradas existe una dificultad, *hasta que* la doctrina de la Santísima Trinidad se nos da a conocer. ¿Qué significa decir, en el nombre, no de Dios, sino de los Tres? Es una inesperada manera de hablar.

Aún cuando sólo hubiese dicho "del Padre y del Hijo" habría seguro una dificultad en los términos de Su mandato. Podríamos ciertamente suponer que Él quiere así designar al Señor Supremo de todo, y al instrumento y mediador de Sus misericordias en la dispensación que comenzaba (como leemos de los israelitas "creyendo en Dios y en Su siervo Moisés", y "dando culto al Señor y al rey" David). Pero aún así seguramente ha sido extraño e inexplicable que Cristo dijera "el Padre y el Hijo", y no "Dios y el Hijo", o "Dios y Cristo", o algo se-

mejante. Por el contrario el nombre de Dios no aparece, y las dos palabras usadas en su lugar son lo que se llama *correlativas*, implicando una a la otra, pareciendo venir la una de la otra. No se hace mención de una Fuente de misericordias, de un canal, hacia el hombre como recipiente, sino que es como la afirmación de una doctrina sagrada que tiene significado en sí misma, independientemente del hombre o de cualquier economía de misericordia hacia Él.

Y la fuerza de esta observación crece cuando nuestro Señor hace mención añadiendo al Espíritu Santo, que confirma más aún esta impresión de que los Tres Nombres Sagrados tienen un significado relativo entre sí, y no a cualquier dispensación temporal. Si el texto dijera "en el nombre de Dios, Je-

su Cristo, y el Consolador”, yo no diría que hubiera solucionado la dificultad, o que fuera satisfactorio interpretarlo como del Autor de la gracia y Sus instrumentos, sino que existe una mayor dificultad, o mejor, una dificultad insuperable en tal interpretación del texto, si Cristo lo hubiera dicho realmente.

Un converso pediría naturalmente del Apóstol como un beneficio sobre cualquier otro, saber *a quién* tenía que dar culto, *de quién* se hacía servidor, *quién* iba a ser su Dios, ahora que había abandonado los ídolos. Por ejemplo, Moisés dijo: “Cuando llegue a los hijos de Israel y les diga ‘el Dios de vuestros padres me ha enviado, y ellos me pregunten ‘¿Cuál es su nombre?’ ¿que les diré?”, y Dios Todopoderoso reconoció que el pedido era correcto y lo concedió; y Jacob dijo: “Dime, te lo suplico, Tu nombre”; y Manoaj dijo: “¿Cuál es Tu nombre?”; y de acuerdo a estos ejemplos, San Pablo les dijo a los atenienses: “A ese a quien adoráis sin conocer, yo os predico”. Con estas consideraciones ante nosotros, deberíamos haber esperado en la forma bautismal un anuncio claro y simple del Dios de los cristianos, tal como “En el nombre del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, es decir, *a menos* que la doctrina católica de la Santísima Trinidad sea verdad. Si, como la Iglesia lo ha enseñado, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el Único Dios a cuyo servicio son enrolados los cristianos, hay una buena razón para que deban ser nombrados sobre el converso en su iniciación. En ese caso no hay dificultad: la forma sagrada de las palabras responde precisamente a la pregunta del fiel, “¿Cuál es Tu nombre?”, a la promesa del Apóstol “Ese os predico yo”. Pero en la suposición que mantienen los impugnadores de la doctrina, de que por “Hijo” se entiende un hombre, y que el Espíritu Santo no es Dios ni una persona inteligente, ciertamente el primer acto de la enseñanza evangélica está cubierto por una oscuridad grande, inesperada y, debo decir humanamente hablando, innecesaria.

Tampoco se debe objetar a los creyentes católicos que no hay mayor oscuridad que la de un misterio, y que la verdad sagrada que profesan es una perplejidad más grande para los conversos que cualquier otra que pueda brotar de consideraciones como las que he venido haciendo. Porque el punto en que he insistido es la improbabilidad de que nuestro Señor haya introducido una oscuridad de *meras palabras*, sin nada existente de hecho, lo

cual es precisamente la interpretación herética, y de que Él haya preferido hablar tan oscuramente cuando podría haber hablado simple e inteligiblemente, mientras que, si hay un misterio eterno en la Divinidad, tal como afirmamos, por la naturaleza del asunto tiene que haber dificultad en las palabras en que Él lo revela. Cristo, en ese caso, no hace un misterio para la ocasión, usa la más llana y exacta forma de hablar que admite el lenguaje humano. Y esto es digno de ser notado, pues se extiende a los detalles de esta gran doctrina católica, que me propongo resumir ahora.

Quiero decir que en la medida que se dice ociosa y profanamente que el Credo de San Atanasio* es ininteligible, en realidad la verdadera objeción que los incrédulos sienten, si hablaran correctamente, es que es demasiado sencillo. No puede haber frases más simples, ni aserciones más precisas que aquellas que lo componen. La dificultad no está en alguna de ellas, sino en su combinación. Y aquí yace una diferencia notable entre la doctrina de la Santísima Trinidad y algunas afirmaciones dogmáticas modernas sobre otros puntos, algunas verdaderas, algunas no, que a veces han sido puestas como necesarias para la salvación. Por ejemplo, ha habido mucha controversia en los últimos siglos sobre la doctrina de la justificación y sobre la fe; pero de aquí brotan interminables perplejidades y disputas sin esperanza, como todos sabemos, acerca de qué se entiende por “fe”, y qué por “justificación”, mientras que la mayor parte de las *palabras* usadas en el Credo al que me refiero son sólo palabras comunes usadas en su sentido común, tales como “Señor” y “Dios”, “eterno” y “todopoderoso”, “uno” y “tres”, ni son las afirmaciones difíciles. No hay dificultad, excepto la que existe en la naturaleza de las cosas, en el Misterio adorable del que hablan, que ninguna fraseología puede suprimir o explicar.

Y ahora propongo establecer la doctrina, tanto como se puede en pocas palabras, según nos está revelada en el texto de la Escritura. Si el hacerlo me lleva a mencionar uno o dos puntos de detalle, no debe suponerse que tales afirmaciones adicionales son intentos de *explicar*, como algunas personas extrañamente confunden. Por el contrario, dejan el gran misterio tal como estaba antes, y son sólo útiles para imprimir en nuestras mentes *qué* es lo que la Iglesia Católica quiere afirmar, y hacer de ello materia de fe y aprehensión real, y no mera reunión de palabras.

Primero de todo, casi no necesito decir, considerando cuán frecuentemente se nos dice en la Escritura, que Dios es Uno. Dice Moisés: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor" (Dt 6,4). Dice San Pablo: "Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre" (I Co 8,6), "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos" (Ef 4, 5-6), "hay un solo Dios, ya también un solo mediador entre Dios y los hombres" (I Tim 2,5). Ahora bien, podría preguntarse ¿en qué sentido "uno"? , puesto que hablamos de cosas que son una y que realmente son muchas. Así como habla la Escritura de todos los cristianos que forman *un* solo cuerpo, de Dios hecho *uno* con los pecadores, de Dios y el hombre que son *uno* en Cristo, y de *un* bautismo aunque se administra a multitudes.

Respondo que Dios es uno en el más simple y estricto sentido, como muestra toda la Escritura. Esto es verdad, cualquiera sea lo demás, no en un sentido nominal o secundario, sino uno como ser individual, tan verdaderamente uno como cualquier alma o espíritu individual es uno, pero infinitamente más verdadero porque todas las creaturas son imperfectas y Él posee toda perfección. En Él no hay partes ni pasiones, nada incoado o incompleto, nada por comunicación, nada por cualidad, nada que admita crecimiento, nada común a otros. Está separado de todas las cosas, entero, perfecto, simple, y semejante a Sí mismo y a nadie más, y uno, no de nombre, o como número, o por acomodación, o por abstracción, sino uno en Sí mismo, o, como dice el Credo, uno en substancia o esencia. Todo lo que Él es, es Sí mismo y nada menos que Sí mismo. Sus atributos son Él. Si tiene sabiduría, esto significa que Él es la sabiduría. Si tiene amor, "Dios es amor", como dice San Juan. Si tiene omnipresencia es porque Es omnipresente. Si tiene omnicencia es porque es todo conocimiento. Si tiene poder es que es todopoderoso. Es santo, justo, verdadero y bueno, no al modo de cualidades de Su esencia, sino que la santidad, la justicia, la verdad y la bondad, son todas ellas Él mismo, de acuerdo a cómo es contemplado por sus creaturas en varios aspectos y relaciones.

Nosotros, los seres humanos somos incapaces de concebirlo como Él es. No podemos tener más que vislumbres, vistas accidentales o parciales, de su infinita Majestad, y las llamamos por diferentes nombres como si tuviera atributos y fuera de naturaleza compuesta. Así se digna en Su misericordia a hablarnos de Sí mismo, usando términos humanos,



**Escultura de Tilman Riemenschneider.
Dios Padre muestra el cuerpo de Jesucristo.
Berlín, Museo Nacional.**

sensibles y materiales, como si pudiera estar enojado Aquel que no es tocado por el mal, o pudiera arrepentirse Aquel en quien no hay cambio, o tuviera ojos, o brazos, o aliento, el que es Espíritu. Por el contrario, Él es al mismo tiempo y absolutamente toda perfección, y cualquier cosa que Él es, es todo lo que Él es, y es Él mismo siempre y enteramente.

Así debemos comenzar nuestra enseñanza sobre la Santísima Trinidad. No debemos empezar diciendo que son Tres, y luego continuar diciendo

que es Uno, a menos que demos nociones falsas de la naturaleza de ese Uno. Tenemos que comenzar por establecer la gran Verdad de que es Un Dios en un sentido simple y estricto, y luego continuar hablando de los Tres, que es el modo por el cual fue revelado progresivamente el misterio en la Escritura. En el Antiguo Testamento leemos acerca de la Unidad; en el Nuevo somos iluminados en el conocimiento de la Trinidad.

Obsérvese aquí, que tenemos una suerte de figura o insinuación del misterio sagrado de la Trinidad en la Unidad aún en lo que ha sido dicho respecto a los atributos divinos. Pues así como los atributos de Dios son muchos, por decirlo de una manera, aunque todo es Uno en Dios, así también hay Tres Personas Divinas aunque estas Tres son Uno. No se suponga ni por un momento que estoy haciendo *paralelos* los dos casos, que es la herejía sabeliana, sino usando uno para *ilustrar* el otro. Y a modo ilustración, observo lo siguiente: cuando hablamos de Dios como sabiduría o amor queremos decir que Él es sabiduría y amor, que Él es la una y el otro separadamente y enteramente, no que la sabiduría es lo mismo que el amor, sino que Él es ambas cosas a la vez. Sabiduría y amor responden a ideas bien distintas entre sí, que no se confunden, aunque están unidas en Él. En todo lo que Él es y en todo lo que hace, Él es sabiduría y amor, aunque tanto es verdad que es Uno, y sin cualidades, como verdad también que el amor no es la sabiduría. Así como Dios es sabiduría o amor, así es la sabiduría o el amor en y con Dios, y con todo lo que Dios es. ¿Es Dios eterno? Pues así es su sabiduría. ¿Es invariable? Así es su sabiduría. ¿Es increado, infinito, todopoderoso, santísimo? Su sabiduría tiene también estas características. Desde que Dios no tiene partes o pasiones, todo lo que es realmente de Dios o desde Dios, es lo que Él es.

Si aquí existe confusión de lenguaje y una aparente juego de palabras, esto surge de nuestra incapacidad de comprensión y expresión. Vemos que todas estas afirmaciones separadas deben ser verdad, y que si resultan en aparente contradicción no lo podemos evitar, y no necesitamos estar perplejos acerca de ellas ni vacilar en decir ninguna de ellas. La simple exactitud de expresión que podría armonizarlas está más allá de nosotros, pues el poder de contemplar al Eterno, como Él es, está más allá de nuestras posibilidades. Nos debemos contentar con lo que podemos ver y hacer uso de ello para nuestra guía práctica, sin preocuparnos por la aparente

contradicción de los términos involucrados en nuestra expresión.

Una segunda ilustración podría tomarse de la imagen material que la Escritura nos concede empleara. Leemos allí acerca del ojo de Dios y del brazo de Dios. Sabemos que el hombre tiene un ojo y un brazo como partes suyas y no como figuración, pero supongamos por un momento que su cuerpo fuera espiritual. ¿Cuál sería la consecuencia? Lo que realmente se seguiría de ello no lo podemos decir pues está más allá de nosotros, pero, como un espíritu no tiene partes, podríamos *concebir* que todos aquellos distintos órganos del cuerpo del hombre que existen ahora, no tuvieran más una disposición local en él ni brotaran de él por extensión, sino que fueran todos uno, aunque todos distintos. Un cuerpo espiritual podría ser todo ojo, todo oído, todo brazo, todo corazón, pero no como si todo fuera confusamente puesto, solo de nombre, ni como si por ello no hubiera vista, ni audición, ni funcionamiento, ni sentimiento, sino porque un espíritu no tiene partes extensas y es lo que es todo a la vez. Hago notar esto, porque nos muestra que las cosas pueden existir realmente en un sujeto que estamos contemplando, aunque parezcan solo ideas o nociones creadas por nuestra mente.

Así como no se supone que un cuerpo necesariamente pierda ojos y manos por llegar a ser espiritual, sino que sus órganos pueden existir en él tan verdaderamente como antes, pues es un cuerpo en un nuevo modo de ser, y porque es espiritual parecen ser meras abstracciones o cualidades irreales, así también podemos suponer que aunque Dios es espiritual y Uno, puede ser también una Trinidad. Pero no como si esa Trinidad fuera solo un nombre, o tres manifestaciones, o cualidades, o atributos, o relaciones, como meras ideas o concepciones que podemos hacer al contemplar a Dios, sino que, así como en aquel cuerpo que se hizo espiritual, ojo y mano no serían abstracciones después del cambio porque no lo eran antes del mismo, ni el ojo sería necesariamente lo mismo que la mano aunque el cuerpo sea todo ojo y todo mano, así (si se nos permite usar ilustraciones humanas en tan sagrado misterio) el Eterno Tres, no digo *del mismo modo*, pues no intento explicar *cómo* es el misterio, sino esclarecer *lo que* queremos decir con él, es adorado por la Iglesia Católica como distinto pero Uno, siendo el Dios Altísimo enteramente el Padre, enteramente el Hijo y enteramente el Espíritu Santo, Tres Personas distintas la una de la otra, no meramente de nombre, o por abstracción humana, sino

realmente en verdad, tan verdaderamente como una fuente es distinta del arroyo que fluye de ella, o la semilla del árbol respecto de sus ramas.

Ahora bien, si alguien estuviera tentado de decir que este es un lenguaje oscuro y una especulación difícil para poner delante de gente cristiana, respondo que no es más oscuro y difícil que el sagrado misterio que es nuestro gran asunto ahora, que es de hecho la *exposición* del misterio sagrado tal como la Iglesia lo ha recibido, que no estoy empeñado en defender el Credo de San Atanasio sino en establecer su significado, y, queridos hermanos, que bien podéis una vez al año recordar que el cristianismo hace ejercitar toda el pensamiento del hombre, nuestra más elevada y sutil razón, tanto como nuestros sentimientos, afectos, imaginación y conciencia. Si encontramos que lo hace demasiado severamente, ya sea respecto a nuestra razón, o a nuestra imaginación, o a nuestros sentimientos, postrémonos en silenciosa adoración y sometámonle sucesivamente cada una de nuestras facultades, no protestando de su sublimidad o su alcance. Y ahora continúo.

Oímos mucho en el Antiguo Testamento de aquellos atributos de Dios de los cuales ya he hablado. Su omnipotencia: "Yo soy el Dios Todopoderoso; camina en mi presencia y sé perfecto" (Gen 17,1). Existencia por Sí: "Dijo Dios a Moisés: 'Yo soy el que soy'. Y añadió: 'Así dirás a los israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros' (Ex 3,14). Santidad: "¿Quién como Tú, glorioso en santidad, terrible en prodigios, autor de maravillas?" (Ex 15,11). Su misericordia, justicia y fidelidad: "El Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes" (Ex 34,6-7). Tremenda majestad: "'Debes temer a ese nombre glorioso y temible, al Señor tu Dios" (Dt 28,58). Verdad: "Su verdad perdura de generación en generación" (Sal 100,4). Omnipresencia: "Si subo a los cielos allí estás Tú, si me acuesto en las tinieblas, allí te encuentras" (Sal 139,8). Omnisciencia: "En todo lugar, los ojos de Dios, están observando a los malos y a los buenos" (Prov 15,3). Conocimiento del corazón: "Tú sólo conoces los corazones de los hijos de los hombres" (II Cron 6,30). Misteridad: "Cierto que Tú eres un Dios oculto, el Dios de Israel, el Salvador" (Is 45,15). Eternidad: "Así dice el Excelso y Sublime, el que mora por siempre y cuyo nombre es Santo" (Is 57,15).

Estos son algunos entre innumerables anuncios de los atributos divinos en el Antiguo Testamento, y aunque cada cosa concerniente al Ser Supremo es misteriosa, no sentimos comúnmente ningún misterio aquí, porque vemos una suerte de paralelo de estos atributos en lo que llamamos cualidades, propiedades, poderes y hábitos de nuestra propia mente. Hemos sido dotados por naturaleza y a través de la gracia con ciertas excelencias que pertenecen al Altísimo, tales como la benevolencia, la sabiduría, la justicia, la verdad y la santidad. Y aunque no sabemos cómo estos atributos existen en Dios, ni cómo existen en nosotros, sin embargo porque los usamos y no podemos negar su existencia, no nos sorprende que se nos diga que existen en Dios.

Pero hay ciertas otras revelaciones que se nos hacen respecto a la divina naturaleza, aun desde la primera página de la Escritura, y crecen en definición a medida que avanza la Revelación, de las que no tenemos imagen ni paralelo en nosotros, y en consecuencia las sentimos extrañas y sorprendentes, y las llamamos ininteligibles porque no estamos acostumbrados a ellas, y misteriosas porque no podemos dar cuenta de las mismas. Así, en la historia de la creación leemos: "El Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas" (Gen 1,2). ¿Quién podrá decir cómo debe interpretarse esta imponente afirmación? ¿Quién no 'querrá mirar dentro' de semejantes profundidades, pero permanecer silencioso desde la conciencia de su debilidad, hasta que escuche la doctrina católica de la Trinidad, que le explica el texto inspirado revelándole el misterio? Leeamos también que cuando Jacob peleó con el ángel, "llamó a aquel lugar Penuel", porque había visto el rostro de Dios, agregando "y tengo la vida salva" (Gen 32,31). Y el Dios Altísimo prometió a Moisés: "Mi presencia irá contigo y te daré descanso", y Moisés pidió: "Déjame ver, por favor, tu gloria. Él le contestó: "Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad... pero mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo" (Ex 33, 14-20). Y se nos dice que "el Señor continuó manifestándose en Silo, porque en Silo se revelaba a Samuel la palabra del Señor" (I Sam 3, 21). Y dice el salmista: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca toda su mesnada" (Sal 33, 6). Y la Sabiduría dice en los proverbios: "El Señor me creó, al principio de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra...yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en

todo tiempo" (Sal 8, 22, 23, 30). Y en el profeta Isaías leemos: "¡Despierta, despierta, revístete de poderío, oh brazo del Señor!" y también "Yo te he escondido a la sombra de mano" (Is 51, 9, 16). Ahora bien, cualquiera de tales expresiones usadas una o dos veces pueden no llamar la atención, pero la mención de la Palabra, de la Sabiduría, la Presencia, la Gloria, el Espíritu, el Aliento, el Rostro, el Brazo, y la Mano del Todopoderoso es demasiado frecuente, y con demasiada característica personal, como para ser pasada por alto por el lector cuidadoso de la Escritura, y de hecho atrajo la atención de los creyentes judíos, antes que llegara Cristo, como lo prueban claramente algunos pasajes notables en los libros de la Sabiduría y del Eclesiástico, a los que no necesito más que aludir (Sab 7,4 ss; Eccl 24,3 ss).

Parecería, pues, desde las revelaciones del Antiguo Testamento, que mientras Dios es uno en Su esencia más simple y absoluta, sin embargo existe un sentido real en el cual no es uno, aunque las naturalezas creadas no pueden proporcionar representaciones tales de Él como para hacernos fácilmente asentir a las conclusiones a las que llegan inevitablemente los anuncios de la Escritura. Entendemos cosas desconocidas por el modelo de cosas que se ven y experimentan. Somos capaces de contemplar al Dios Todopoderoso tanto como las cosas terrenales son reflejos parciales de Él; cuando nos fallan, estamos perdidos. Y como, por supuesto, nada terreno o creado es Su exacta y perfecta imagen, tenemos como mucho vistas fugaces de Su infinita gloria, y si la Escritura nos revela alguna cosa concerniente a Él, debemos contentarnos con recibirla en la fe, sin comprender cómo es ni tener algún entendimiento claro por propias palabras. Cuando nos manifiesta que Dios es sabio y bueno, nos formamos alguna idea de lo que significa por las propiedades y hábitos que asociamos al alma humana. Cuando leemos de Su brazo u ojo tenemos alguna vaga aunque indigna sombra de la verdad en los miembros y órganos del cuerpo humano. Pero cuando leemos de Su Espíritu, o de la Palabra, o de la Presencia, como realmente distintos de Él pero al mismo tiempo íntimamente uno con Él, más íntimamente uno que nuestras propiedades respecto a nuestras almas, y más reales y distintas que los miembros y órganos de nuestros cuerpos, sentimos el peso de ese Misterio que existe también cuando se hace mención de la divina sabiduría, del divino brazo, aunque no lo sintamos.

Este misterio, oscuramente significado en el Antiguo Testamento, es manifestado claramente en el Nuevo. El misterio es éste: que el Dios de todo que está revelado en el Antiguo Testamento, es el Padre del Hijo desde toda la eternidad, llamado también Su Palabra e Imagen, de Su sustancia y con quien comparte todas Sus perfecciones, igual a Él, que sin estar separado es uno con Él, y que del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo, que también es una sustancia, divinidad y majestad con el Padre y el Hijo. Más aún, se nos enseña que el Hijo o Palabra es una Persona, es decir, de quien puede hablarse como "Él", no como "eso", y a quien podemos dirigirnos, y que el Espíritu Santo es también una Persona. De este modo, Dios subsiste en Tres Personas por toda la eternidad. Primero Dios es el Padre, luego Dios es el Hijo, luego Dios es el Espíritu Santo, y el Padre no es el Hijo ni el Hijo es el Espíritu Santo ni el Espíritu Santo es el Padre. Y Dios es cada uno de estos Tres y nada más, es decir, tanto el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo. Más aún, Dios está tan total y enteramente en la Persona del Padre como si no hubiera Hijo y Espíritu, como está enteramente en la del Hijo como si no hubiera Espíritu y Padre, y como está enteramente en la del Espíritu como si no hubiera Padre e Hijo. Y el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, mientras los tres no son sino Un Dios, sin partes o grados. Pero cómo es que esa misma Esencia, adorable, indivisible y numéricamente una, puede subsistir perfecta y enteramente en cada una de las Tres Personas, no hay palabras humanas que puedan explicarlo ni ilustración terrenal que pueda tipificarlo.

Los pasajes en el Nuevo Testamento en los que se nos trasmite este sagrado misterio son tales como estos. Primero, leemos, como ya dije, que Dios es Uno; luego, que Él tiene un Hijo Unigénito; después, que este Hijo Unigénito está "en el seno del Padre" (Jn 1,18), y que "El y el Padre son Uno" (Jn 10,30). También, que El es la Palabra, que "la Palabra es Dios, y está con Dios" (Jn 1,1); más aún, que el Hijo es en Sí mismo una Persona distinta, en un sentido real, pues ha asumido nuestra naturaleza, y se ha hecho hombre, aunque el Padre no. ¿Qué es todo esto si no la doctrina de que ese Dios que es en sentido estricto Uno, es enteramente tanto el Padre como el Hijo, o que el Padre es Dios y el Hijo es Dios, pero Un solo Dios? Más aún, el Hijo es la expresa "imagen" de Dios (Col 1,15), es "la forma de Dios", "igual a Dios" (Ef 2,6), y "aquel que le ha visto, ha visto al Padre" (Jn 14,9), y "Él es-

tá en el Padre y el Padre está en Él" (Jn 10,38). El Hijo tiene todos los atributos del Padre. Es "Alfa y omega, el principio y el fin, el que es, el que era, y el que vendrá, el Todopoderoso" (Apo 1,8), "por quien han sido creadas todas las cosas, visibles e invisibles" (Col 1,16), "por quien todas las cosas tienen consistencia" (Col 1,17). Nadie sino Él "conoce al Padre", y nadie sino el Padre "conoce al Hijo" (Mt 11,27). El "conoce todas las cosas", "sondea los corazones y los riñones" (Apo 2,23), es "la Verdad y la Vida" (Jn 14,6), y el Juez de todos los hombres.

Asimismo, lo que es verdad del Hijo es verdad del Espíritu Santo, pues es "el Espíritu de Dios" (Rom 8,9). El "procede del Padre", es en Dios como "el espíritu de un hombre que está en él". "sondea todas las cosas, aún las profundidades de Dios", es "el Espíritu de la Verdad" (Jn 16,13), el "Santo Espíritu". En la creación "se movía sobre la superficie de las aguas" (Gen 1, 2). "¿Adónde iré lejos de Su Espíritu?", dice el salmista, Él es el dador de todos los dones, "repartiendo a cada uno como quiere" (I Cor 12,11). Nosotros hemos nacido nuevamente "del Espíritu" (Gal 5, 26). Resistir a la gracia divina es entristecer, tentar, resistir, sofocar, hacer a despecho del Espíritu. Él es el Consolador, el Legislador, y el Guía de la Iglesia. Revela las cosas por venir, y la blasfemia contra Él no será perdonada jamás. En todos estos pasajes, está ciertamente implicado que el Espíritu Santo tiene propia personalidad y que es Dios.

Y por eso, sobre todo, las palabras del Credo bien sostienen que "una es la Persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; pero la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una sola, la gloria igual, la majestad co-eterna. Tal como es el Padre es el Hijo y el Espíritu Santo. Y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor, sino que las Tres Personas son entre sí co-eternas y co-iguales, de modo que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la Unidad en la Trinidad que la Trinidad en la Unidad". *

Por último, agrega, "El que quiera, pues, salvarse, así ha de pensar de la Trinidad", sobre lo que hago dos observaciones, y termino. Primero, y es muy obvio, que tal declaración supone que una persona tiene la oportunidad de creer. No estamos hablando de paganos sino de cristianos, de aquellos a quienes se les enseña la verdad, a quienes se les ofrece la misma, y que la rechazan. De acuerdo a esto, no vemos en este Credo casos de enseñanza

imperfecta o errónea, o lo que podría llamarse desinformación de la razón, o algún caso de ignorancia invencible, sino el caso del rechazo voluntario de un hombre acerca de lo que se puso rectamente ante él. Segundo, cuando el Credo dice que "así" hemos de pensar de la Trinidad, parece implicar que ha sido expresada una forma de ver la doctrina, clara, sustantiva, consistente y característica, que es la católica, y que debe ser mencionada en oposición a otras, sea la sabeliana, la arriana, o la triteísta, las cuales, sin negar en las palabras la Santísima Trinidad, la niegan de hecho e involucran a quienes las mantienen en el anatema que aquí se pronuncia, no con aspereza, sino como una advertencia fiel y una declaración solemne.

¡Nunca hablemos sobre temas como éste sin reverencia. Nunca lo disputemos sin caridad. Nunca lo investiguemos sin un cuidadoso esfuerzo, con la ayuda de Dios, para santificar nuestro conocimiento, e imprimirlo en nuestros corazones tanto como guardarlo en nuestro entendimiento!

Traducción de Fernando María Cavaller

* El Credo llamado Atanasiano, de gran uso en la iglesia anglicana de la época de Newman, es conocido también como Símbolo "Quicumque" (por la primera palabra con que empieza: "Cualquiera que quiera salvarse..."). Consta por estudios que esta profesión de fe no la compuso San Atanasio, aunque lógicamente brota de su enseñanza, que es la que recoge la Iglesia del siglo V. El texto latino parece ser el primero, pero hay también versiones griegas. En algunos códices viejos, este Símbolo se atribuye al Papa Anastasio II. Algún autor lo atribuye a un origen hispano antipriscilianista, otro a San Ambrosio de Milán, otro a San Fulgencio de Ruspe. De hecho, hoy se lo cita como "pseudo-Atanasiano". Pero lo importante es que esta Fórmula de fe alcanzó tanta autoridad en la Iglesia, tanto occidental como oriental, que entró en el uso litúrgico y ha de tenerse por verdadera definición de fe. (Cfr. El texto completo en Denzinger 39 y 40, o Denzinger-Schönmetzer 75-76).

XI° Encuentro Newmaniano, 11 de agosto de 2000
Universidad Católica Argentina

Newman en la universidad

P. Fernando María Cavaller

No es accidental que el título de esta exposición sea "Newman *en* la Universidad" y no "Newman y la Universidad", como es más habitual para relacionar un autor con algún tema, porque la mejor manera de conocer lo que Newman pensó y dijo sobre este tema es percibir que, en primer lugar él fue un hombre que vivió la Universidad desde dentro, vivió *en* la Universidad como se vive en un hogar: en Oxford, primero como estudiante y luego como profesor, y en Dublín, después de su conversión, como fundador y rector de la Universidad Católica de Irlanda. Su talante universitario va con él del anglicanismo al catolicismo, en un desarrollo homogéneo, como es característico de su pensamiento. Por eso, todos sus escritos llevan el sello de una experiencia viva.

Pero no acabaríamos de presentar adecuadamente a Newman si además de estudiante, profesor, tutor, rector, y aun fundador de Universidad, no lo miráramos ante todo como creyente, como sacerdote, como líder religioso de toda una época, como teólogo, como eminente humanista cristiano, que encarnó y propuso un ideal educativo que hoy sigue actual y presente como para iluminar nuestra realidad. Por ello, también puede entenderse el título de estas reflexiones como "Newman *en esta* Universidad".

Podemos encontrar a Newman *en* la Universidad leyendo su *Apología pro vita sua*, historia de sus ideas religiosas hasta la conversión en 1845. Aquí está relatado y aun casi dibujado por su admirable prosa el ámbito, las personas y las ideas que

llenaban la vida de Oxford. Podemos leer también sus cartas y su diario, que abarcan treinta volúmenes. Allí está casi día a día su vida en aquellos claustros oxonienses, desde 1816 hasta 1843, y más tarde en la década del 50, en relación a la Universidad de Irlanda. En este epistolario monumental nos encontramos también no sólo con ideas sino con personas: sus maestros, sus colegas y finalmente sus discípulos, sus amigos y sus contradictores, y aun perseguidores.

Pero también podemos recurrir a sus escritos más específicos sobre la Universidad. Aunque los más significativos son sus Discursos de 1852 con ocasión de la creación de la Universidad Católica de Irlanda, existen antecedentes de su época anglicana, entre los cuales no hallamos sólo ensayos o artículos, sino también sermones. Y es que aquél ámbito era a la vez académico y religioso, como Newman era a la vez fellow del Oriel College y sacerdote, que llenaba de estudiantes y profesores las naves de la iglesia de la Universidad cada vez que predicaba.

Me propongo mirar primero su etapa anglicana *en* la Universidad de Oxford desde un relato más biográfico y luego su etapa católica para extraer de sus discursos en Dublín las consideraciones más destacables.

Newman estudiante

Oxford constituía en los comienzos del siglo XIX, por ambiente social y estatutos legales, un

santuario intelectual y a la vez religioso de la Iglesia de Inglaterra. Era una población que no alcanzaba los veinte mil habitantes, y sin embargo podía ser denominada sin exageración la *ciudad santa del Anglicanismo*, mejor que la Universidad de Cambridge, que atenuaba el aspecto religioso.

La Universidad de Oxford fue fundada en el siglo XII, y aunque se resistió finalmente aceptó la reforma de Enrique VIII en 1534, adquiriendo su condición de anglicana por ley del Parlamento en 1571. Por tanto, los directivos y docentes así como los alumnos, estaban obligados a suscribir a su ingreso a los Colleges, los *Treinta y nueve Artículos* que constituyen el Credo anglicano, lo cual permaneció hasta 1871. Era, por tanto, una Universidad confesional, donde se formaba, junto al alumnado común, el clero anglicano. Así pasó con Newman, que encontró allí su vocación sacerdotal.

La Universidad se componía de los Colleges y de la institución universitaria propiamente dicha. Las enseñanzas se impartían en los Colleges, aunque la Universidad como tal también tenía que ver con la investigación y docencia, si bien lo común era gobernar lo académico, exámenes y colaciones de grado, y encargarse de las bibliotecas y laboratorios. Los Colleges, que en 1800 eran 19, eran corporaciones autónomas que tenían estatutos propios, de modo que tendían a ser particularistas. El más antiguo era el University College, fundado en 1249. Junto a los Colleges estaban los Hall, menos importantes. En época de Newman había cinco. La máxima autoridad académica de la Universidad residía en la *Convocation*, asamblea formada por todos los miembros docentes, que promulgaba decretos y estatutos, y estaba sujeta al poder del Parlamento, en el que la Universidad estaba representada por dos diputados. Después de la *Convocation*, estaba el *Hebdomadal Board*, órgano ejecutivo de aquella, y compuesto del vicerrector, los presidentes (*provosts*) de Colleges y Halls y los dos *proctors* (cargo disciplinar y administrativo).

Aquí llegó el joven Newman en 1817 para ingresar en el Trinity College. Oxford sería el lugar determinante de su vida. En noviembre de ese año recibe su primera comunión en la capilla del Trinity. Era un muchacho de gran devoción, muy estudioso y apartado de diversiones. Sabemos por su Diario personal el desagrado que le producían las borracheras estudiantiles. En 1818 obtuvo una beca, que le permitió continuar sus estudios después de la quiebra de su padre. En noviembre de 1820 se

presenta a rendir los exámenes para el grado de Bachiller en Artes. Escribe a su hermano Frank: *Mi diaria y sincera oración es no obtener honores en el examen si van a suponer para mí la más ligera causa de pecado. A medida que el tiempo se aproxima y he trabajado más sobre los libros, la prueba se me hace mayor.*¹ Cuando finalmente se presenta, llamado antes de lo previsto, tiene una crisis nerviosa y no es capaz de contestar a todas las preguntas de los examinadores, ni en los clásicos ni en matemáticas. Obtiene su diploma pero con un fracaso. Estos agotamientos seguidos de períodos por asombrosas recuperaciones serán una constante en la vida de Newman, una cruz.

Newman profesor:

La influencia personal y el descubrimiento de la verdad. La razón y la fe

En medio de los problemas económicos de su familia, dando clases particulares, no se desanima y decide aspirar a una *fellowship* (miembro docente) en el prestigioso Oriel College. Solo había dos vacantes para *fellow*. Las pruebas duraron cinco días, y había que escribir un ensayo en latín, otro en inglés, traducción al latín, preguntas de filosofía, matemáticas y lógica. El 12 de abril de 1822 fue elegido.

El Oriel había sido fundado en 1326 y era en época de Newman el más empeñado en la reforma educativa iniciada a fines del siglo XVIII. Allí estaban muchos de los grandes hombres de Oxford. La vida de Newman estará acompañada en Oxford por amigos entrañables, formadores algunos, discípulos otros. Keble era ya célebre cuando Newman llega a Oriel, hombre de la Iglesia anglicana, profundamente religioso, de gran erudición y talento poético, gran educador y pastor, había reunido en torno así un gran número de discípulos. Hawkins, Whately, Hampden, y Copleston, formaban el grupo filosófico más destacado de la Universidad, llamados *noéticos* irónicamente por los que decían que Oriel "apestaba a lógica". Un nuevo *fellow* elegido en 1823 tendrá gran importancia en la vida de Newman, se trata de Edward Pusey, hombre de ilustre familia, inteligente y devoto. El clima general era racionalista, y Newman prefería el trato con Keble y Pusey.

Hasta ese momento no había tomado ninguna decisión definitiva sobre su porvenir, que su padre

deseaba fuera el de abogado, pero en enero de 1822 toma una resolución: *Mi padre me dijo esta mañana que debo decidir lo que voy a ser...Y he decidido. Mi determinación es la Iglesia. Es, gracias a Dios, aquello por lo que he rezado.*² La decisión de recibir las Órdenes anglicanas y ser presbítero de la Iglesia de Inglaterra no disminuía sino que aumentaba sus perspectivas académicas. En junio de 1823 consigue el grado de *Master* en Artes y comienza a asistir a las clases de Teología. Oxford no fue sólo la cuna de su formación intelectual sino la de su vocación al sacerdocio. El 29 de mayo de 1825 es ordenado presbítero.

Newman trata de equilibrar su trabajo pastoral con el académico. Pero descubre también que la educación debe considerarse como verdadero cuidado pastoral. Esta convicción se hace plena cuando le nombran en 1826 *Tutor* de Oriel, cargo que le responsabiliza aún más sobre los alumnos. Como *Tutor* quería introducir en el mismo sistema educativo una vida religiosa seria, que el anglicanismo lánguido y decadente no procuraba a los estudiantes en aquellos claustros. Este intento era ya preanuncio de las preocupaciones de Newman en cuanto al clero y al estado de la Iglesia anglicana como tal.

Ese mismo año es nombrado *fellow* de Oriel, Richard Hurrell Froude, que sería su gran amigo y que Newman reconoce, a la vez, como persona influyente en su formación. Nos dice de él: *Sus opiniones me prendían e influían, aún en el caso de que no ganaran mi entero asentimiento. Proclamaba abiertamente su admiración por la Iglesia de Roma y su odio por los reformadores. Le encantaba la idea de un sistema jerárquico, del poder sacerdotal y de la plena libertad de la Iglesia. Despreciaba la máxima: 'La Biblia y sola la Biblia es la religión de los protestantes', y se enorgullecía de aceptar la tradición como el principal instrumento de enseñanza religiosa. Tenía una alta y severa idea de la excelencia intrínseca de la virginidad, y consideraba a la bienaventurada Virgen como su gran modelo. Le deleitaba pensar en los santos; tenía viva estima de la idea de la santidad, de su posibilidad y de sus alturas, y estaba muy inclinado a admitir una gran cantidad de intervenciones milagrosas, acontecidas en las edades primera y media. Abrazó el principio de la penitencia y de la mortificación. Tenía profunda devoción a la presencia real, en la que creía firmemente...Sería difícil enumerar las adiciones concretas a mi credo teoló-*

*gico que saqué de un amigo a quien debo tanto.*³

Mientras tanto recibirá la influencia de Hawkins, que representaba el anglicanismo, alejado tanto del evangelismo como del extremo católico. De él recibe Newman el principio de tradición, separándose del fundamentalismo bíblico, así como la doctrina de la regeneración bautismal, lo cual le lleva a abandonar progresivamente el Evangelismo. Comienza a acercarse poco a poco, adhiriendo a doctrinas, una por una, hasta llegar a la verdad católica plena. Por de pronto está pasando de calvinista evangélico a "high church" anglicano. Las desavenencias con Hawkins, giraron en torno al concepto que Newman tenía de su tutoría, oponiéndose a una relación distante, rutinaria y formal con el alumno. Concibió un proyecto para reforzar la relación personal, con el apoyo de Froude, Wilberforce y otros. Hawkins no quería innovaciones y defendía su papel de *provost*, y amenazó al grupo de tutores rebeldes con no mandarles más alumnos. Newman y los demás renunciaron.

La experiencia universitaria de Newman lo llevó paso a paso hacia la verdad. Para ello no sólo encontró maestros vivos, sino que conoció los grandes maestros de la tradición cristiana, anglicanos unos, universales otros. Se formó con los grandes teólogos carolinos del siglo XVII y especialmente leyó las obras de Butler, pero se enfrascó también en la lectura meditativa de los Santos Padres de la Iglesia. No es desencaminado decir que los Padres fueron otros tantos amigos cercanos, que compartieron con Newman los años vividos en Oxford. Aquí el hogar oxoniense se le universaliza, para convertirse de a poco en la Iglesia, precisamente 'católica'. *Los Padres me hicieron católico, dirá, y con razón.*

En 1826 predica su primer Sermón Universitario. Estas eran homilías encargadas por las autoridades académicas, mediando influencias de amigos. El tema que hila toda la serie de quince (a lo largo de 17 años), es la relación entre la razón y la fe, problema teológico que acompañará la meditación y prédica de Newman toda su vida. A principios del siglo XIX en Inglaterra predominaban dos posiciones antagónicas sobre el problema de la fe y la razón. La primera era la de la escuela 'evidencialista', que continuaba las tradiciones del siglo XVIII, el 'Siglo de las Luces', donde no había espacio para la fe del creyente humilde y sencillo, producida bajo el influjo de razones que él mismo difícilmente podía explicar o analizar. En el extremo

opuesto se encontraban muchos, quizá la mayoría, de la tendencia 'evangélica', que detestaban a la escuela 'evidencialista'. Estos 'evangélicos' consideraban las relaciones entre fe y razón de manera simplista: no había ninguna. El espiritual poseía una luz interior, completamente sobrenatural, que le capacitaba para creer en las promesas del Evangelio, y apropiárselas, sin ninguna ayuda de 'razonamientos carnales'. Newman contesta a estos últimos en sus Sermones parroquiales y se dirige principalmente a los primeros en sus Sermones universitarios. El equilibrio tan típico de su talante le salva del racionalismo por un lado y del irracionalismo o sentimentalismo religioso por otro.

Acerca de sus Sermones Parroquiales, hay que decir que en muchos decenios, tal vez en siglos, Oxford no había conocido una predicación semejante. Newman escribió unos seiscientos sermones como anglicano, y más de la mitad antes de 1832. Nos ha quedado el comentario de un testigo, William Church, que sería más tarde historiador del Movimiento de Oxford: "Sólo quienes los recuerdan pueden juzgar adecuadamente el efecto de los sermones que Mr. Newman predicaba en Santa María a las cuatro de la tarde... Incluso personas que escuchaban regularmente los sermones y sentían que eran diferentes a cualquier otro tipo de predicación, apenas reparaban en su influencia real o llegaban a advertir de momento el impacto que estaban ejerciendo sobre ellas. Sencillos, directos, sobrios, envueltos en un inglés puro y transparente, sin faltas de gusto, recios en su flexibilidad y perfecto dominio de lenguaje y pensamientos, eran la expresión de una visión penetrante y profunda sobre el carácter, la conciencia y los motivos del obrar, de una simpatía, severa y tierna a la vez, con lo tentados y los vacilantes, de una fe ardiente y absoluta en Dios y en sus designios, en su amor, en sus juicios, en la gloria sobrecogedora de su generosidad y en su magnificencia. Los sermones hacían pensar a los oyentes sobre las cosas que hablaba el predicador y no sobre los sermones mismos".⁴

Pero es en sus Sermones Universitarios donde encontramos expresado el gran principio que está detrás de todo lo que vamos diciendo, en cuanto a las personas que le formaron y las personas que él formaba: la *influencia personal*. El 5º sermón universitario lleva por título "La influencia personal, medio de propagar la verdad". *Me propongo considerar la hipótesis*, dice, *de que el influjo de la Verdad en el mundo proviene generalmente de la 'influencia personal', directa o indirecta de los que*

*tienen confiada la tarea de enseñarla... Vuelve entonces la pregunta: ¿cómo ha logrado someter a su dominio mentes reacias; algunas incluso hasta la profesión externa de obediencia, otras por los menos en una neutralidad taciturna, sin ánimos para rechazarla? Respondo que la Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma.*⁵

Insistiendo en esta perspectiva dice: *Nos será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña.*⁶

En cuanto a la situación concreta de aquel que enseña la verdad, y sin duda, Newman habla desde su propia experiencia, dice: *Estas consideraciones nos llevan a sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura; pues nos muestran que en ella podemos ser instrumentos de un bien muy grande; y no sólo eso, sino que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido. Y por lo que se refiere al bien indirecto que es posible hacer desde un puesto más elevado, tampoco se nos cierra absolutamente esta posibilidad desde una responsabilidad inferior dentro de la Iglesia. Más aún, ha sucedido repetidas veces que quienes habían ocupado puestos relativamente marginales han ejercido un influjo amplísimo sobre los destinos de la religión en los tiempos que les siguieron; tal como en las artes y ocupaciones de este mundo, los grandes benefactores de la humanidad son frecuentemente ignorados.*⁷

Ya católico y después de sus famosos discursos de 1852 sobre la Universidad, encontramos un texto donde vuelve al tema de la influencia personal de su época anglicana. En sus *Historical Sketches*, hay una serie de artículos que aparecieron en la *Catholic University Gazette* de Dublín en 1854 y fueron luego publicados en 1856 como *Oficio y labor de las universidades*. El ensayo en cuestión se titula *Aparición y progreso de las universidades*, y es nada menos que una historia de la Universidad desde sus orígenes en la Grecia antigua. Comienza por establecer que la vieja designación "Studium Generale", es decir, escuela de aprendizaje universal, se podría describir como una convergencia de extra-

ños de todas partes en un lugar para la comunicación y circulación del pensamiento, donde la relación personal era la base del sistema.⁸

Newman afirma que los libros son hasta hoy un instrumento especial, pero que el método antiguo era la instrucción oral, la comunicación presente entre hombre y hombre, la existencia de 'maestros' y su influencia personal en la humilde iniciación del discípulo. Todo lo cual implicaba centros de peregrinación y multitudes que buscaban sabiduría. Dice: *...debemos consultar al hombre vivo y escuchar su viva voz. Los principios generales de cualquier estudio Uds. pueden aprenderlos por libros en casa, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que los hacen vivir en nosotros, todo esto lo deben tomar de aquellos en quienes ya están vivos. En tales reuniones y congregaciones de intelecto es donde son escritos, o al menos originados, los mismos libros, las piezas maestras del género humano.*⁹ El estilo de un gentleman no se aprende en libros sino en la alta sociedad, en las metrópolis, en la corte, en centros educativos y de refinamiento del gusto. Lo mismo ocurre con el político, el hombre de estado, que se forma con la experiencia de públicos debates y conversaciones privadas que no se publican, en el ámbito del Parlamento. E igualmente se puede decir del hombre de ciencia que adquiere sabiduría en el mundo de la ciencia, en contacto con otros científicos, en congresos, experimentando cierta comunicación vívida de conocimiento.

Encontramos en este admirable ensayo histórico consideraciones notables como ésta, que continúa en la misma línea de la influencia personal:

*Siendo la influencia y la ley los dos grandes principios de gobierno, es claro que, históricamente hablando, la influencia viene primero y luego la ley...Primero tenemos a los 'virum pietatem gravem' cuyas palabras rigen los espíritus de la multitud...o el mitologista...o el bardo. Luego sigue la dinastía y la constitución. Tal es la historia de la sociedad: comienza con el poeta y termina en la policía. Las Universidades son instancias que siguen el mismo curso: comienzan con la influencia y terminan en el Sistema...Sus profesores han sido una suerte de predicadores y misioneros. Pero, la influencia no dura para siempre...Luego el sistema necesita ser sobreañadido a la acción individual...Primero lo griego, luego lo macedonio y romano.*¹⁰

Newman muestra la influencia de personas concretas, no sólo de profesores, sino de patrocinadores, como fue en la antigüedad el caso de Ale-

jandro Magno y en el Imperio Franco el de Carlomagno. Dirigiéndose a los irlandeses que comenzaban bajo su dirección la Universidad, hace consideraciones como ésta: *La Universidad creó los patrocinadores y no fue creada por ellos...los profesores venían de lejos, y no dependían de reyes y grandes hombres para su sostenimiento, sino del entusiasmo que creaban.* O esta otra: *la oferta debe estar antes que la demanda.*¹¹ La difusión de la verdad y la educación en ella, ha de realizarse aunque no haya demanda externa, pues no sólo lo pide la dignidad de la misma, y Dios mismo es quien ha tenido la iniciativa de revelarse y salvar al hombre, sino que sabemos que el hombre la ansía secretamente y la busca en su corazón creado por Dios para la luz.

Con lo dicho hasta aquí queda expresado también no sólo el principio educativo de la *influencia personal*, sino el mismo objetivo de la vida universitaria y de toda educación en general: *el descubrimiento de la Verdad.* Este ha sido desde hace muchos años el punto de vista preferido por los autores para hablar de Newman, y con razón. La indiferencia y ligerezas dogmáticas eran comunes tanto al liberalismo como al movimiento opuesto de los evangélicos. Aquí se producían esos tironeos de uno y otro lado del ambiente de Oxford. Newman contestaba a ambos. Estaba del lado de la verdad. Pero no le fue fácil desembarazarse de unos y otros, habiendo pertenecido un poco a ambos. El haberlo logrado fue como una "segunda conversión", en consonancia con aquella "primera conversión", a los quince años, en el sentido de estar ambas vinculadas a la seriedad dogmática como esencial a la religión. Dice en la *Apología: Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias.*

Newman, ya profesor y tutor, estudia e investiga constantemente, y esto en relación a las ideas que circulaban entonces. Su obra *Los arrianos del IV siglo* tiene que ver con su batalla contra el liberalismo racionalista. Es una obra histórica de gran erudición que estudia la Iglesia anterior al Concilio de Nicea, en relación a la herejía arriana, el mismo Concilio y también el de Constantinopla, y una obra teológica que representa el descubrimiento de los Santos Padres por parte de Newman. Pero lo escribió, dice, *para resistir las innovaciones del momento, e intentar defender la obra de hombres muy por encima mío y que ahora es atacada.*¹² Newman se refiere al "liberalismo" religioso imperante, que



Interior de Santa María la Virgen antes de un sermón universitario, c. 1835, por F. Mackenzie.

él entendía como el intento de reconstruir la religión cristiana revelada en términos de la concepción de una determinada época, y que puede por tanto unirse con cualquier conjunto de afirmaciones filosóficas o teológicas. Al disputar con el credo ortodoxo, los arrianos, también, fueron culpables de aplicar mal la razón humana a los misterios de la revelación.

No podemos aquí comentar todos los escritos de Newman que salieron de aquel cuarto del Oriel College, pero sí percibir su infatigable estudio e investigación, que hacía brotar no sólo famosos sermones sino notables ensayos como la *Via Media*, y cuasi tratados como las *Conferencias sobre la Justificación*, obras que hoy siguen siendo dignas de estudio.

Dios le enviaba, en aquel hogar gótico, académ-

mico y religioso a la vez, rayos de luz y horizontes de belleza y verdad. Ese año Keble publica su *Christian Year*, libro de poesía litúrgica, que produjo gran impresión en Newman, quien lo ubica como una de las fuentes para el desarrollo de su 'principio sacramental', es decir, la doctrina de que los fenómenos materiales son, al mismo tiempo, figuras e instrumentos de realidades invisibles... Cuando el tono general de la literatura religiosa era tan lánguido y débil como lo era entonces, Keble pulsó una nota original y despertó en los corazones de muchos miles de personas una nueva música, la de una escuela desconocida durante mucho tiempo en Inglaterra.¹³ En una de las conferencias que el Padre Luis Bouyer iba a dar en Buenos Aires en 1992 y que luego nos envió para publicar en Newmania-

na, decía que Newman encarnaba finalmente el último aspecto de la cultura que es la poesía, la cual implica una misteriosa unidad de toda la realidad creada, en la cual el mundo material implica el mundo espiritual y el espiritual la divina realidad, donde todas las cosas creadas constituyen un vasto sistema de señales de la presencia de Dios y son anticipación de la vida futura.¹⁴ Este será el nexo con la exposición de la Dra. Cassagne.

En cuanto a la vinculación de la influencia personal y la verdad, y como resultado real de esta convicción, debemos mirar lo que ocurrió en el seno de aquella Universidad desde 1833, uno de los acontecimientos más importantes de su historia, de la historia del anglicanismo, y por supuesto de la vida de Newman: el llamado "Movimiento de Oxford". El fenómeno ha llenado libros enteros. Precisamente la semana pasada el Padre Morales, el gran newmanista español, me ha enviado un ejemplar recién aparecido de su traducción de la obra de Christopher Dawson "El espíritu del Movimiento de Oxford", cuya lectura recomiendo por ser un clásico en la materia.¹⁵

El Movimiento es reconocido hoy por los mismos anglicanos como un hito en el desarrollo religioso, una verdadera reforma, un impulso renovador sin igual desde el siglo XVI. En julio de 1833 se reúnen Newman, Hurrell Froude, William Palmer, Hugh Rose, Arthur Perceval, y otros clérigos, todos afines a las ideas de Keble. Luego se agregaría Pusey. Todavía recuerdo cuando entré por primera vez, en 1991, en el Common Room del Oriel College: el entonces Provost, Dr. Nicholson me dijo: "Aquí nació el Movimiento de Oxford", en ese pequeño living donde conversaban después de las comidas aquellos grandes hombres. De modo que nos encontramos con la Universidad como cuna de un movimiento de renovación cultural y religiosa, de la influencia que la Universidad tiene o debería tener en una sociedad en cuanto a la Verdad. *Las universidades son centros naturales de movimientos intelectuales*, nos dice en la *Apología*.¹⁶

Allí nos enteramos también que Newman no quería "organizar" un movimiento: *Los movimientos vivos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas operan por correo*, dice. En carta a Perceval insiste en el punto: *Los individuos, si sienten enérgicamente, pueden sin duda cometer errores de procedimiento o lenguaje; pero no por eso dejan de ejercer una influencia particularmente eficaz. Ninguna gran obra ha nacido de un sistema; los sistemas, en cambio, surgen de esfuerzos individuales*

*...Tal es el curso de las cosas: promovemos la verdad por el sacrificio de nosotros mismos.*¹⁷

Newman ejercía esta influencia, primero con sus mismos sermones parroquiales, de los cuales nos dice también Church: "La gente los conoce, ha oído hablar mucho de ellos, y ha emitido opiniones diversas sobre su valor. Pero apenas se da cuenta de que, sin esos sermones, el Movimiento de Oxford podría no haber ido adelante, y ciertamente no habría sido nunca lo que fue".¹⁸ En segundo lugar, hacía visitas personales, como nos lo cuenta: *Visité al clero de varias partes del país, fuese o no conocido mío, y frecuenté las casas de amigos en que, de cuando en cuando, se tenían reuniones de eclesiásticos... No me preocupaba si mis visitas se hacían a la Alta o Baja Iglesia; lo que yo quería era dar una fuerte sacudida en unión con todos lo que eran opuestos al liberalismo, quienesquiera que fuesen.*¹⁹ En tercer lugar comienza a publicar los *Tracts*. Criticando a Palmer, uno del movimiento, porque, dice, *no veía la fuerza de la influencia personal, y que soñaba en una comisión, una asociación, con su reglamento y reuniones para proteger a la Iglesia del peligro existente*, agrega: Yo, por mi parte, *había comenzado por mi cuenta y riesgo a publicar los Tracts, que representaban el principio contrario, el de la personalidad, y fueron mirados con considerable alarma por los amigos de Mr. Palmer.*²⁰

Llegaron a ser 90 los tractos y el último, de Newman, desatará la tormenta final que lo llevará a Roma: interpretó los artículos de la fe anglicana del modo más católico posible para mostrar que no se oponían a Trento. El vicescanciller, los presidentes de los Colleges y los *proctors* de la Universidad condenan el tracto como contrario al espíritu y la letra de los estatutos de la Universidad, que exigían la adhesión a los artículos en su sentido original. La Universidad verá alejarse de sus claustros al líder más grande que había conocido en años. Poco tiempo después, cerca de la misma, en Littlemore, decidirá a los 44 años entrar a la Iglesia de Roma. La encontró coherente y parecida a la Iglesia primitiva de los Padres, que tanto amaba, y la influencia de aquellos amigos invisibles de la antigüedad pudo más que la de los que le rodeaban.

En definitiva la Universidad fue testigo de uno de los acontecimientos de mayor envergadura en su siglo: la conversión de Newman, y con ella aquel hombre ejerció la influencia personal más asombrosa en favor de la verdad desde los tiempos de Tomás Moro.

Newman fundador y rector de la Universidad: Fe y cultura

Aunque no volverá a Oxford sino en la vejez, para recibir en Trinity College el homenaje merecido, la Providencia no quiso que su talento universal se apartara del ámbito universitario. Así como antes vimos una obra de su época católica que continuaba su ideario anglicano de la influencia personal, antes de verlo como fundador de la Universidad Católica de Irlanda, quisiera mostrar como antecedente del ideal universitario expuesto en sus discursos de 1852, un texto de su época anglicana que muestra una vez más el desarrollo homogéneo del pensamiento de Newman, en los otros principios de su ideal universitario.

Se trata de siete cartas dirigidas al editor del Times de Londres en 1841, contra los postulados utilitaristas que el ministro Robert Peel había formulado en un discurso con motivo de la inauguración de una biblioteca en su distrito electoral de Tamworth. Newman critica allí el utilitarismo práctico que hace de la ciencia de lo útil la madre de la virtud, defiende la religión como parte del bien común temporal de la sociedad y como instrumento de educación, denuncia con energía que Peel convierte lo cultural en sucedáneo de lo religioso, niega que la ciencia profana sea siempre principio de progreso moral porque el hombre no se hace necesariamente mejor por ser más culto, ni que pueda tampoco ser medio para el dicho progreso, advirtiendo que tener conciencia del deber no equivale a realizarlo. Dice en un párrafo: *Siendo la naturaleza humana lo que realmente es, y existiendo un arte de la vida, decir que consiste o se sitúa esencialmente en cultivar la ciencia, que la mente se cambia con un invento o se salva con distracción y puede ser conducida de ese modo hacia la inmortalidad, que el dolor, la ira, la cobardía, la vanidad y la pasión pueden ser sometidos mediante el estudio de caracoles o hierbas, la inhalación de gases, seccionar rocas o calcular medidas, es el mayor de los engaños que un sofista o un charlatán han planteado a un auditorio. Si la virtud es dominio sobre la mente, si su fin es la acción, si su perfección es orden íntimo, armonía y paz, hemos de buscarla en lugares más serios y santos que una biblioteca o una sala de lectura.*²¹

La gracia y la Palabra de Dios son los principios capaces de renovar al hombre y a la sociedad. La cultura podría engendrar, como máximo, una moralidad humana. Hay que ir a una fuente más alta para renovar el corazón y la voluntad. El cristianis-

mo debe ser colocado en la raíz de toda educación verdadera. La ciencia profana no podrá nunca sustituir a la teología, y cuando se cultiva a costa de descalificar la religión como dogmatista y divisoria en sus credos, no es principio de cohesión y unidad sociales. El saber profano sin acompañamiento de una religión personal tiende a la incredulidad. La ciencia no hace religioso al hombre si no lo es ya cuando se acerca a ella.

Tales expresiones de 1841 son introducción valiosa a los grandes nueve discursos que componen la obra titulada luego *Idea de la Universidad*, y publicada en 1852. Estos discursos, pedidos por el Arzobispo primado de Irlanda, Paul Cullen, querían preparar la fundación de la Universidad Católica que no existía, y que Roma deseaba promover según el modelo de Lovaina, renovada con éxito desde 1830. El episcopado irlandés pidió a Newman, ya famoso precisamente como hombre de universidad y recientemente convertido al catolicismo, que fuera su Rector fundador. Los centros universitarios que existían en Cork y en Galway no eran confesionales y se consideraban peligrosos para la fe del alumno católico.

El P. Morales en su introducción a la reciente traducción califica estos discursos de hazaña intelectual. Sus títulos anuncian ya su vasto contenido: *Discurso introductorio, La teología como rama del saber, Incidencia de la Teología en los demás saberes, Incidencia de los saberes en la Teología, El saber como fin en sí mismo, El saber considerado en relación con la cultura, El saber considerado en relación con el deber religioso, Deberes de la Iglesia hacia el saber.*²²

Newman propuso un ideario educativo que era fruto de larga experiencia, y así como en su tutoría de Oriel de Oxford quiso añadir elementos religiosos que no existían, aquí el asunto era modificar un sistema excesivamente eclesiástico que no era adecuado a las necesidades del laicado católico. La ciencia profana debía tener su lugar legítimo. La base del sistema sería la fusión armónica del saber humano y la teología. Y el gran problema era qué debían hacer los católicos para mantener sus concepciones teológicas tradicionales y permanecer a la vez abiertos a las perspectivas culturales y científicas de la época.

El gran acorde inicial de los discursos es la justa pretensión de la teología a ser una de las cátedras de la Universidad. Una Universidad que profesa enseñar todas las ciencias, no puede negar un sitio a la ciencia de Dios, sin contradecir precisamente su universalidad. *Digo entonces, que si una Universidad es, por su misma naturaleza, un lugar de instrucción*

donde es impartido el saber universal, y si en una cierta Universidad así llamada, el argumento de la religión es excluido, es inevitable una de estas dos conclusiones: o, por un lado, que el campo de la Religión está totalmente vacío de saber real; o, por el otro, que en tal Universidad es omitida una especial e importante rama del saber. Yo afirmo que el defensor de una tal institución debe consentir a esto o a aquello; él debe admitir, o que nosotros conocemos poco o nada acerca del Ser Supremo, o que su centro de instrucción se da un nombre que no corresponde a la realidad.²³

Por otra parte las ciencias, cada vez más relacionadas entre sí y llenas de influencias recíprocas, no pueden enseñarse adecuadamente sin los datos de la teología. *La religión revelada provee hechos a las otras ciencias, que estas ciencias, dejadas a sí mismas, no alcanzarían jamás.*²⁴ Más aún, Newman advierte con gran agudeza, y sin duda por experiencia propia, esta gran verdad: *He insistido en que, suponiendo que no se enseñe teología, su dominio no será tan sólo descuidado, sino que en realidad será usurpado por las demás ciencias, las cuales enseñarán, sin la debida garantía, conclusiones propias en una materia que requiere principios metodológicos peculiares para su debida organización y disposición.*²⁵

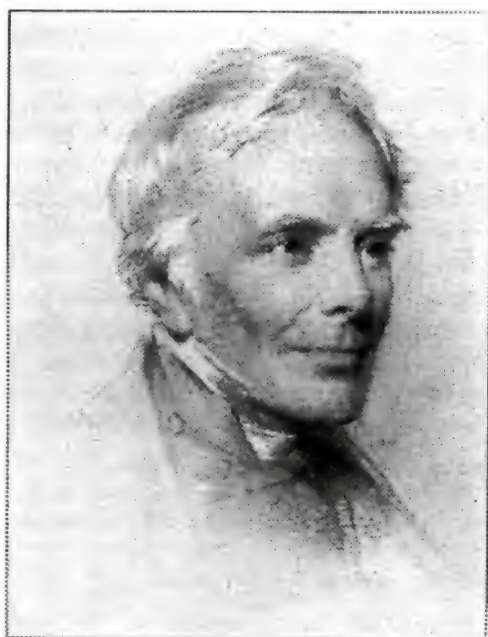
El objeto de la Universidad no es directamente moral ni técnico, sino en principio impartir cultura intelectual, educar el intelecto para la Verdad íntegra. Tal conocimiento es un bien en sí mismo y es de suyo útil a la vida social política, siendo la razón de ser de la educación liberal. En su aspecto religioso, coincide hasta cierto punto o momento con el ideal cristiano, recorre con él una parte del camino, para separarse más tarde. Como consecuencia, demuestra ser a veces un importante aliado de la Religión, y otras, por su misma semejanza externa, se convierte en enemigo sutil y peligroso. En el discurso 8º, precisamente trata de encontrar un equilibrio entre las exigencias del ideal humanista y los postulados del ideal religioso. Y así lo que Newman llama *liberal education* es un ideal que se distingue tanto de la educación eclesiástica como de la educación simplemente utilitaria, técnica y especializada.

Respecto de la educación puramente especializada, el desalojo de la teología produce el vicio intelectual de la "ignorancia presuntuosa", que juzga todo desde la óptica de una ciencia particular. *Así nacen aquellos que generalmente son llamados 'hombres de una sola idea'; lo que pasa a significar 'un hombre de una sola ciencia', y de opiniones en*

*parte verdaderas, pero secundariamente en parte falsas, que es lo que puede resultar de algo tan parcial. Este es el motivo por el que vemos los principios de lo útil, de la combinación, del progreso, de la filantropía, o en las ciencias, materiales, de la anatomía comparada, de la frenología, de la electricidad, ensalzados a la categoría de ideas piloto, y llaves, sino de todo el conocimiento, al menos de muchas más cosas de aquellas que le pertenecen...utilizadas para hacer aquello que es simplemente demasiado para ellas, en cuanto que una ciencia limitada no es una profunda filosofía.*²⁶

Así como se opone a la visión enciclopedista y positivista, lo hace también a la utilitarista, de raigambre escocesa inspirada en Locke, en el discurso dedicado a las relaciones del conocimiento con la práctica profesional. Ellos insisten en que la educación debe ser confinada a algún fin particular y estrecho, y empleada en algún trabajo definido, que pueda ser pesado y medido. Arguyen como si cada cosa y cada persona tuviera su precio, y como si allí donde ha habido un gran desembolso tuvieran derecho a esperar algo a cambio. A esto llaman educación e instrucción 'útil', y 'utilidad' ha llegado a ser su palabra clave. Con un principio fundamental de esta naturaleza, tranquilamente continúan preguntando en qué se manifiesta el gasto de una Universidad, cuál es el valor en el mercado del artículo llamado 'educación liberal', en la suposición de que ella no nos enseña de ninguna manera cómo mejorar nuestras manufacturas, o hacer prosperar nuestra economía, y de que no hace enseguida de este hombre un abogado, de aquél un ingeniero y de aquél otro un cirujano, o de que al menos no lleva a realizar descubrimientos en química, astronomía, geología, magnetismo o ciencia de algún tipo. ¿Puede darse comentario más actual para nuestro tiempo que este? El argumento de Newman es que *aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno es siempre útil...Si una educación liberal es buena, deberá ser necesariamente útil también...la cultura general de la mente es la mejor ayuda para el estudio profesional y científico.*²⁷

La novedad se inclinaba, de todos modos, hacia un discurso donde ya nos se habla de la ciencia profana como sometida a la religión o tutelada por ella, pero sí aceptando libremente la religión católica y nutriéndose de ella. De hecho leemos entre los documentos fundacionales lo siguiente: "Todas las autoridades y profesores de la Universidad, al entrar en posesión de su cargo, deberán hacer profe-



John Keble

Edward Pusey



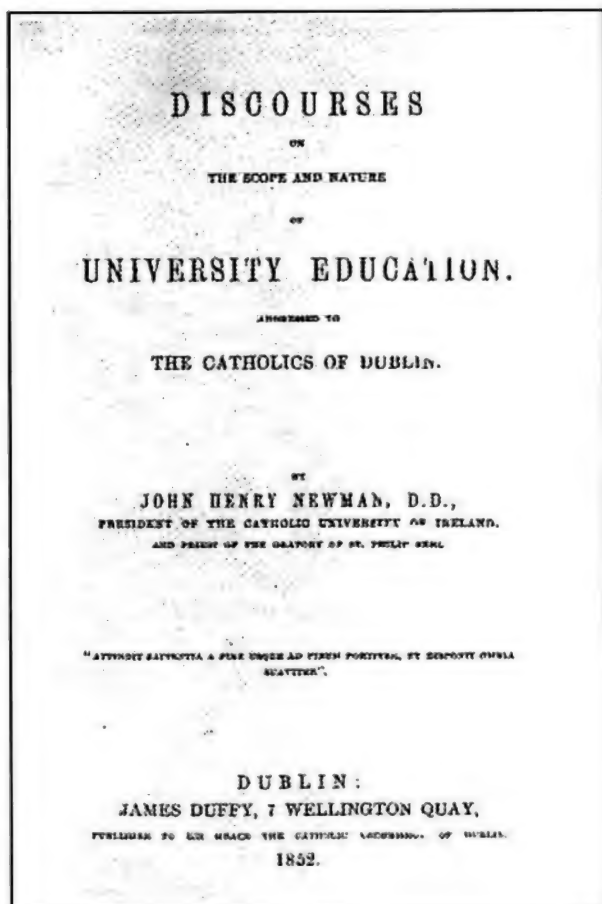
sión de Fe Católica según la fórmula del Papa Pío IV y quedarán siempre urgidos no sólo a no enseñar nada de lo contrario a la Religión sino a tomar ocasión de las materias que enseñan, para mostrar que la Religión es la base de la ciencia, y para inculcar el amor a la Religión y los deberes religiosos”.

Aún así, y dado el notable equilibrio de todo lo que Newman encarnaba, con esa sabiduría de hacer coincidir los opuestos sin exclusiones ni confusiones, su plan no gustó mucho a los grupos extremos: a los liberales porque era demasiado confesional y a los ultramontanos porque atribuía demasiado valor a lo intelectual y no a lo religioso. Había un extendido temor, y no sin razón, a causa de los estragos del siglo de la razón. La Iglesia vivirá el tiempo decimonónico contestando a racionalistas por un lado y fideístas por otro, hasta las definiciones del Vaticano I.

Newman, que luchó toda su vida contra el racionalismo liberal y se apartó del sentimentalismo evangélico, quería valorar el legítimo avance de las

ciencias y su autonomía, y estimando la educación del intelecto, estaba lejos de alabar la educación liberal sin advertir que sola no puede transformar a fondo la condición del hombre. *La educación liberal no hace al hombre cristiano o católico, sino al caballero. Está bien ser caballero, está bien tener una inteligencia cultivada, poseer un gusto refinado, un carácter franco, razonable y desapasionado, un talante noble y cortés en las relaciones sociales... Pero así como no podemos pretender romper la roca granítica con una simple navaja de afeitar o amarrar un navío con hilo de seda, tampoco podemos esperar con instrumentos tan delicados como el saber y la razón humana luchar contra estos gigantes que son la pasión y el orgullo de los hombres.*²⁸

Para Newman no se trata sólo de conocimiento sino de un saber integral. Y entonces no sólo ciencias, sino arte, ética y estética, ciencia y conciencia, y la teología que debía asimilar (en el lenguaje que Newman ya había usado en su Ensayo sobre el De-



sarrollo) en la luz del Evangelio la visión contemporánea del mundo. Esto debía ser posible en el marco de la influencia personal que brota de una vida en común, maestros y estudiantes: así eran aquellos Colleges, y a eso apuntaba la nueva Universidad que Newman pensaba para Irlanda.

La Universidad había de tender a la formación total del hombre, del "gentleman" (el 'cives mundi' antiguo, el 'corteggiano' renacentista, el 'homme du monde', el 'caballero español') Claro que entrañaba una deformación posible si lo único que se perseguía era un conformismo social. Por ello este ideal tenía que ser cristiano: el verdadero humanismo donde aparecen el individuo y la sociedad concebidos desde la Verdad sobre Dios y sobre el hombre. Se trataba entonces del 'caballero cristiano'. La descripción del "gentleman" de intelecto cultivado pero sin el principio religioso es una página de antología. Termina diciendo al respecto: *San Basilio y Juliano fueron a la misma escuela de Atenas. Uno*

*llegó a ser un Santo y Doctor de la Iglesia, el otro su burlador e implacable enemigo.*²⁹

Newman inauguró la universidad en noviembre de 1853. Llegó a tener facultades de teología, filosofía y letras, ciencias y medicina. Consideró necesario tener profesores laicos, excepto en materias como la teología; de sus 32 profesores, sólo cinco eran sacerdotes. Quiso una comisión de laicos para supervisar la economía, pero no se le permitió. Tuvo dificultades cuando nombró jóvenes irlandeses brillantes como profesores y distinguidos conversos ingleses en letras clásicas. Organizó grupos de alumnos para discutir temas de actualidad, mandó construir una sala de billar, consiguió un campo de cricket, y para la atención religiosa construyó la iglesia, y por supuesto las residencias de estudiantes.

Tenemos, además de los Discursos, ocho sermones predicados en la Iglesia de la Universidad, entre 1856 y 1857. En el primero de ellos (que traducimos hace años en "Newmaniana") Newman nos dice que se trata de *reunir cosas que en un principio habían sido unidas por Dios, y se han visto luego separadas por el hombre... Yo querría que el intelecto dispusiera de la más amplia libertad y que la religión gozara de una libertad semejante; y querría establecer que ambas, cultura y religión, se encuentren en las mismas personas. Deseo que los mismos lugares y los mismos individuos sean al mismo tiempo oráculos de filosofía y santuarios de devoción. Deseo que el laico intelectual sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe.*³⁰

Se iba a fundar una universidad para seculares, pero había entonces muchos cuya idea de la educación era mantener a los católicos en un estado de tutela permanente, lejos de todo lo que fuera "peligroso". Newman analiza las maneras en que las ciencias físicas y la literatura pueden entrar en conflicto con la Revelación. Sobre las primeras dice: *La naturaleza y la gracia, la razón y la revelación, provienen del mismo autor divino, cuyas obras no pueden contradecirse entre sí; sobre la segunda: Es una contradicción 'in terminis' empeñarse en una literatura que refleje sin pecado a los hombres pecadores.*³¹ Había quien prohibía leer los clásicos paganos. Newman responde a todo esto: *Si la universidad es una preparación directa para este mundo, dejémosla que cumpla su cometido. No se trata de un convento ni de un seminario; es, por el contrario, un lugar donde se forman y capacitan hombres del mundo para vivir en él. No podemos*

*evita que se sumerjan en el mundo, con todos sus caminos, principios y axiomas, cuando les llegue su hora; pero podemos prepararlos contra lo que es inevitable; y no es la manera más apropiada de aprender a nadar en aguas revueltas no haberse metido nunca en ellas.*³²

Pero el arzobispo Cullen desconfiaba de Newman, y algunos obispos se oponían a él por ser inglés. Cullen desbarató en Roma el nombramiento de obispo para Newman, anunciado públicamente, y del que nunca más se habló. Ese rango le hubiese facilitado la relación con la jerarquía irlandesa. Nunca pudo lograr que hubiera estudiantes ingleses y norteamericanos. Cullen no le respondía a muchos requerimientos y tomaba decisiones sin consultarle. Cuando finalmente vio que todo iba a ser un asunto irlandés y clerical, y teniendo en cuenta la necesidad de su presencia permanente en el Oratorio de Birmingham, que era su primer deber, renunció en 1858. Los obispos le solicitaron que se quedara un año más como Rector no residente y aceptó. Finalmente, a pesar de los esfuerzos, la Universidad no fue reconocida oficialmente, y como los obispos no querían que fuese autónoma, sobrevivió hasta 1882.

La grandeza de alma de Newman, a pesar de este fracaso, se mostró en los elogios y reconocimientos hacia Irlanda: *No he recibido otra cosa que amabilidad y atenciones que no merezco en absoluto.*

Este ha sido un modesto esbozo de Newman en el ámbito universitario. Desde aquel tiempo y el nuestro el triunfo no ha sido lo que él propuso sino el de las tendencias que él consideraba disgregadoras. Por eso la lectura de sus Discursos puede parecer algo anacrónica, pero como su contenido coincide con la gran tradición del occidente cristiano desde aquellos tiempos en que la presencia de la cultura católica estaba en su apogeo, aparece precisamente de una actualidad asombrosa. Porque la humanidad actual de Occidente, entrará en un definitivo declive hacia una especie de barbarie intelectual si no consigue recuperar aquel saber unitario, que es propio de la Universidad.³³

Newman con su ideario universitario nos acerca a una armonía inusual para aquella época, y ejemplar para la nuestra, entre la fe y la razón, entre la fe y la ciencia, entre el Evangelio y la cultura, entre la Iglesia y el mundo. Y respecto del gran principio de la influencia personal, nos dejó finalmente el mismo lema de su escudo cardenalicio: *Cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón),

en una línea de pensamiento que lo une a la gran tradición agustiniense. Será por tantas y tales razones que en la encíclica *Fides et Ratio* el Papa Juan Pablo II no dejó de incluir el nombre de Newman entre los maestros notables de nuestro tiempo.³⁴

¹ L.D., I, 82-83.

² A.W., 180.

³ Apo., 24-25.

⁴ Cfr. W.Church, *The Oxford Movement*, de G.Best, 1970, 92-93.

⁵ Sermones Universitarios, p.135;146, Ed. Encuentro.

⁶ Íd., p.148.

⁷ Íd., p.146.

⁸ Historical Sketches, vol III, p.6.

⁹ Íd., p.8-9.

¹⁰ Íd., p.77-78.

¹¹ Íd., 167 ss.

¹² L.D., II,43.

¹³ Apo., 18.

¹⁴ L.Bouyer, Newman y la cultura, *Newmaniana* n°7.

¹⁵ Ch.Dawson, El espíritu del Movimiento de Oxford, Rialp, 2000.

¹⁶ Apo, 34.

¹⁷ Apo, 36.

¹⁸ Op. cit.

¹⁹ Apo, 37.

²⁰ Apo, 35.

²¹ DA, 268.

²² Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria, trad.J.Morales, Euns, 1996

²³ Idea, 66.

²⁴ Idea, 113.

²⁵ Idea, 98.

²⁶ Idea, 117.

²⁷ Idea, 153-167.

²⁸ Idea, 120-121.

²⁹ Idea, 211.

³⁰ Sermons Preached on Various Occasions, p.13.

³¹ Idea, 219-229.

³² Idea, 232.

³³ J.Morales, Newman y la Idea de la Universidad, *Newmaniana* n° 13, 1994.

³⁴ *Fides et Ratio* n° 74.

Parochial and plain sermons, vol IV, 11, pág. 168 a 184.
Predicado en St. Mary de Oxford, el 14 de mayo de 1837.

La comunión de los santos

“Te darán gracias, Yahveh, todas tus obras, y tus Santos te bendecirán; ellos mostrarán la gloria de tu Reino y hablarán de tus proezas”
(Ps.145,10-11)

La gran promesa del Evangelio ha sido que el Señor del universo, hasta ahora manifestado a sus servidores externamente, iba a construir su morada en sus corazones. Este es, como pueden ver, el frecuente lenguaje de los Profetas, y ha sido el lenguaje de nuestro Salvador al venir a la tierra: “Yo lo amaré”, dice refiriéndose a quien lo ama y obedece, “y me manifestaré a él... y pondremos en él nuestra morada” (Jn 14, 21.23). Aunque vino en nuestra carne, para verlo y tocarlo, no bastó. Aún permanecía externo y separado. Luego de su ascensión, de nuevo descendió, por y en su Espíritu, y así al fin la promesa se cumplió.

Debe realmente haber unión entre todas las creaturas y su Creador Todopoderoso, inclusive para su mismo existir. Pues se dijo: “En Él vivimos, nos movemos y existimos”, y en un Salmo: “Envías tu soplo y son creados.” (Ps.104,30). Pero mucho más alto, más íntimo, más sagrado, es el Espíritu de Dios que inhabita en los corazones de su pueblo elegido; tan íntimo como para decir, en comparación, que no inhabita en el resto de la humanidad, pues su presencia se describe como privilegio característico de los siervos por Él redimidos.

Desde el día de Pentecostés hasta ahora, ha sido su privilegio, según la promesa: “Yo pediré al Padre, y Él les dará otro Consolador, que estará en

vosotros *para siempre*”. Para siempre, no como el Hijo del Hombre, que, acabada su obra de gracia, se fué. Entonces se dijo: “También el *Espíritu* de Verdad”, o sea, aquél que vendría para siempre, vendría como Espíritu, y al venir de esta manera haría lo que la carne y sangre del Hijo del hombre, por naturaleza, no pudo hacer. Es decir, vino a las almas de todos los que creen, y tomando posesión de ellas, siendo Él Uno, unió a todos en uno.

Cristo, al encarnarse, proveyó una unidad externa o patente, como la hubo bajo la Ley. Reunió a sus Apóstoles como sociedad visible, pero luego vino nuevamente en la persona de su Espíritu y unificó a todos en un sentido real, no sólo formal. Pues fueron dispuestos no ya sólo con la forma de una unidad, como podrían ser los miembros de un cadáver, sino que pasaron a ser partes y órganos de un único poder invisible, con el que realmente contaron, y fueron vástagos de lo que era Uno; sus personas individuales fueron asumidas en misteriosa unidad con las realidades invisibles, fueron gratificadas y asimiladas al cuerpo espiritual de Cristo, que es Uno, también por el Espíritu Santo, en quien Cristo vino de nuevo a nosotros. Así Cristo ha venido, no a unificarnos sino a morir por nosotros: fue el Espíritu quien vino para unarnos en Él, que había muerto y estaba vivo, o sea para formar la Iglesia.

Es esta la especial gloria de la Iglesia cristiana: que sus miembros no dependan meramente de lo que es visible, que no sean meras piedras de un edificio, apiladas unas sobre otras y ligadas extrínsecamente, sino que todos y cada uno son el linaje y las manifestaciones del único y mismo invisible principio de poder, "piedras vivas", internamente conectadas, como las ramas de un árbol, no como las partes de una acumulación. Ellos son miembros del Cuerpo de Cristo.

Esta divina y adorable Forma, que los apóstoles vieron y palparon, después de ascender al cielo se convirtió en un principio de vida, un secreto origen de existencia para todo el que cree, mediante el ministerio de gracia del Espíritu Santo. Este es el Vino fructuoso y rico Olivo en y por el cual todos los Santos crecen, aunque por naturaleza sean salvajes y estériles, produciendo fruto para Dios. Entonces, puede decirse en un sentido real que desde el día de Pentecostés hasta ahora no hubo en la Iglesia sino un sólo y Único Santo, Rey de reyes, Señor de señores, en persona, quien existe en todos los fieles y por quien ellos son lo que son. Sus personas aisladas, no son sino manifestaciones parciales, canales, instrumentos y obras de Aquél que es invisible.

Esta es la diferencia de la Iglesia antes y después de venir el Espíritu de Cristo. Antes, los servidores de Dios eran como los rescos huesos de la visión del Profeta, ligados por profesión, no por principio interior; pero desde entonces, son como órganos de un alma invisible y rectora; las manos o lenguas o pies u ojos de una sola y misma Mente directriz; los tipos, signos, inicios y destellos del Hijo eterno de Dios. Por eso el texto, al hablar del Reino de Cristo, se explaya sobre la función especial de sus Santos: "Todas tus obras te alaban, oh Señor, y los Santos te dan gracias: muestran la gloria de tu reino y hablan de tu poder. Que los hombres conozcan tu poder, tu gloria y la grandeza de tu reino."

Esta es la Iglesia cristiana, un cuerpo *viviente* y *unitario*, no una mera estructura artificial dispuesta para mostrarse. Estar vivo es lo que da unidad; de estar muerto, se compondría de tantas partes como miembros. Pero el *Espíritu* viviente de Dios ha descendido sobre él en Pentecostés y lo ha hecho *uno* al darle *vida*.

En este gran día, en que conmemoramos la animación o vivificación de la Iglesia, el nacimiento de una criatura espiritual y nueva, más allá del mundo antiguo "tan bueno como muerto", es oportuno tratar sobre la naturaleza y atributos de la Iglesia, como se muestra en los elegidos: invisible, viva,

una y espiritual, lo que también se llama doctrina de la Comunión de los Santos, entre sí y con la santa Trinidad en la que se produce la comunión. Y esto haré preferiblemente, pues la Comunión de los Santos es artículo del Credo, luego no es tema de valor secundario, duda o especulación.

La Iglesia, propiamente entendida, es la gran asamblea de los elegidos, que por libre gracia de Dios y su Espíritu, al obrar oportunamente, fueron separados de este mundo de pecado, regenerados y dotados de perseverancia hasta la eternidad. Visto desde la perspectiva de tratarse de personas *que* viven ahora en este mundo, se trata por supuesto de una asamblea visible; pero su más noble y verdadero carácter es ser un cuerpo invisible, o algo de esta índole, como construcción formada no sólo por los pocos que aún están en sus luchas, sino por los muchos que duermen en el Señor.

Al principio, durante la vida de los apóstoles, ciertamente una gran proporción del cuerpo entero estaba en este mundo, sin contar a los Santos que vivieron en la era judía y a quienes Cristo al partir hizo *partícipes* del privilegio obtenido por su muerte para *todos* los creyentes. San Esteban y Santiago el Mayor fueron los primeros Santos reconocidos en la Nueva Alianza, llamados para enriquecer la antigua compañía de Moisés, Elías y sus hermanos. Mas desde ese tiempo se expandió rápidamente, y al paso de los años devino mayor la proporción de la asamblea de los espíritus que han llegado a la perfección, formando parte de ese cuerpo militante que es su complemento en la nueva creación de Dios. Actualmente, los vivos somos una generación entre tantas, que desde su formación fue una recién nacida en su seno, y dotada de vida espiritual y esperanza de gloria. Son muchos los Santos en el mundo invisible, sellados para la inmortalidad, como muchos son quienes ahora luchan en la tierra por llegar a ella; mas es cierto que las últimas generaciones tienen más Santos que las primitivas.

Bien puede la Iglesia ser llamada invisible, no sólo en lo tocante a su principio vital, sino a sus miembros. "Lo que nace del Espíritu es espíritu" y a partir de que Dios Espíritu Santo es invisible, lo es su obra. La Iglesia es invisible porque la mayoría de sus auténticos hijos fue perfeccionada y elevada, y porque los que aún están en la tierra no pueden ser vistos por ojos mortales. De haberlo querido Dios, pudo haber existido totalmente desprovista de signos visibles y ser total y absolutamente escondida para nosotros como lo es el Espíritu Santo, su Señor y Gobernador. Mas viendo que el Espíritu Santo es nuestra vida, y que para tener vida debemos acercarnos a Él, por misericordia con noso-

tros, no está del todo oculta a nuestra vista como Él en su morada, la Iglesia del Dios vivo.

En cambio, Él nos dió ciertos signos externos como señales para conocer y medios para penetrar en ese santuario viviente en que vive. Él habita en el corazón de sus Santos, en ese templo de piedras vivas, en la tierra y el cielo, que siempre muestra la gloria de su reino y enseña su poder. Mas como la fe, amor, gozo y paz no son visibles, como la multitud de su pueblo es su secreto propio, nos dió algo exterior como guía de lo interior, algo visible como guía de lo espiritual.

Ahora ¿cuál es esa guía externa visible, que posee la dispensación de lo invisible, sino el ministerio cristiano que nos dirige y conduce hacia el propio Santo de los Santos en que Cristo habita por su Espíritu? Como los mojones o boyas avisan al timonel, como la sombra en el cuadrante indica el curso del sol, así, si queremos ir por la vía de Cristo, retener su mirada y ocupar su atención, si queremos penetrar en la especial virtud y plenitud de su gracia, debemos unirnos a ese ministerio que cuando Él ascendió a lo alto nos dejó como reliquia, y dejar caer de Él, como el manto de Eliseo, la prenda y señal de su infalible gracia de edad en edad.

"Dime, oh Tú a quien ama mi alma, adónde apacientas, a dónde haces descansar el rebaño al mediodía; pues ¿por qué yo he de ser como quien va errante tras los rebaños de tus compañeros?" (Ct. 1,7.8). Así es la súplica del alma que busca a Cristo. Su respuesta es tan precisa como la pregunta. "Si no lo sabes ¡oh tú la más bella entre las mujeres! sigue las huellas de las ovejas y apacienta sus pequeños junto a las tiendas de los pastores." Fuera de la Iglesia no hay salvación; quiero decir: fuera de la gran asamblea invisible, de todos los incorporados en el único cuerpo místico de Cristo y vivificados por un Espíritu. Al adherir al ministerio visible que los apóstoles dejaron nos aproximamos a lo que no vemos, al Monte Sión, a la Jerusalem celestial, a los espíritus de los justos, a los primogénitos elegidos para la salvación, a los innumerables ángeles, a Jesús el Único Mediador, y a Dios.

Esta Jerusalem celeste es la verdadera Esposa de Cristo y virgen Madre de los Santos, y el ministerio visible sobre la tierra, los obispos y pastores, junto a los cristianos que dependen de ellos, en todo tiempo es denominada la Iglesia, aunque es sólo un fragmento, siendo como esa parte que se ve y puede ser señalada, que se le asemeja en tipo, que testimonia y lleva a ella. Este cuerpo *invisible* es la verdadera Iglesia, porque ella no cambia aunque siempre está creciendo.

Lo que posee, lo guarda y nunca lo pierde; mas lo visible es fugaz y transitorio, y continuamente se disipa en lo invisible. Lo visible está siempre muriendo para el aumento de la sociedad invisible, y siempre reproduciéndose a partir de la masa de humana corrupción, por virtud del Espíritu alojado en lo invisible y obrando en el mundo. Generación tras generación nació, fue probada, cribada, afirmada y perfeccionada. Una y otra vez los apóstoles viven en sus sucesores, y sus sucesores por su parte están unidos a los apóstoles. Esta es la eficacia de esa gracia inacabable que Cristo ha instalado en su Iglesia, como un principio de vida y crecimiento, hasta que retorne. La respiración expirante de sus Santos no es sino la vivificación de almas muertas.

Ahora podemos tener una noción más clara de la que se tiene comúnmente sobre la única Iglesia católica que está en todas partes. Propiamente no está en la tierra, salvo en cuanto se puede decir que el cielo está en la tierra o los muertos están aún con nosotros. No está en la tierra, salvo en el sentido en que Cristo o el Espíritu lo están. Me refiero a que no está local o visiblemente en la tierra. La Iglesia no está en tiempo o lugar, sino en la zona de los espíritus, está en el Espíritu Santo. Y así como el alma del hombre está en todo su cuerpo, no en una parte, aquí o allí, sino en la totalidad; no está en una parte, cabeza o corazón, manos o pies u otro lado, así la Jerusalem celestial, madre de nuestros recién nacidos, está simultáneamente en todas partes, completa y enteramente como un espíritu. En el este y oeste, en el norte y sur, o sea donde sus intruementos externos estén.

El ministerio y los sacramentos, la presencia corporal de obispos y pueblo, se nos dan como claves y encantamientos por los que nos allegamos a la presencia de la gran asamblea de los Santos; ellos son tanto como ésta, pero no más; no son idénticos a tal asamblea, pues no son sino sus confines, sino los pórticos de la piscina de Bethesda, las entradas en lo que es indivisible y uno. El bautismo no admite en una mera sociedad visible, variando según el país en que se administra, romano aquí, griego allí, o inglés, sino *a través* del vestíbulo inglés, o del griego, o del romano, dentro de la única invisible compañía de las almas elegidas, independiente de tiempo y lugar, no teñida de las imperfecciones o errores de ese visible vestíbulo por el cual se produce la entrada. Y su eficacia reside en el influjo de la gracia de Dios en el alma alojada en ese cuerpo invisible al cual introduce, sin que resida, a ningún respecto, en el carácter personal de los que los administran o asisten.



Cuando un niño es traído para el bautismo, la Iglesia invisible clama, ruega a Dios por él, lo recibe, y como un instrumento de Dios, le extiende su propia santidad. Al alabar a Dios en la Santa Comunión, lo alabamos con los ángeles y los arcángeles, que son los guardianes, y con los santos, que son los ciudadanos de la Ciudad de Dios. Al ofrecer nuestro sacrificio de alabanza y acción de gracias, o participar de las sagradas especies ofrecidas, solemnemente comemos y bebemos del poder del mundo futuro. Al leer salmos, usamos ante muchos testigos las verdaderas palabras sobre las que ellos —me refiero a todas las sucesivas generaciones de esa santa asamblea— se sostuvieron en su tiempo, por miles de años, en su peregrinaje al cielo. Al profesar el Credo, no lo hacemos según una voluntad propia, un sentido arbitrario, sino frente a innumerables santos que saben lo que significan sus palabras y lo testimonian a Dios, a despecho de la herejía o indiferencia de una u otra época. Al estar junto a sus tumbas, estamos en el verdadero vestíbulo de la morada que es “todo-gloriosa en su interior”, llena de luz y pureza y de voces clamando: “Dios, ¿por cuánto tiempo?”. Al orar privadamente, no estamos solos, otros “están reunidos” con nosotros “en el Nombre de Cristo” aunque no los veamos, con Cristo entre ellos. Yendo al ministro que Él ha ordenado, nos acercamos a los escalones de su trono. Yendo a los obispos, centro de ese ministerio, ¿qué tenemos sino a los doce apóstoles presentes, aunque invisibles? Al emplear el sagrado Nombre de Jesús o el signo dado a nosotros en el bautismo

¿qué hacemos sino desafiar a diablos y hombres malignos, ganando fuerzas para resistirlos? Dando testimonio, o al confesar, o sufrir en Nombre de Cristo ¿qué somos sino tipos y símbolos de la Cruz de Cristo y de la fuerza del que murió en ella? Llamados a la batalla por el Señor ¿qué somos nosotros, visibles, sino meros vigías, vanguardia de un poderoso ejército, de pocos y despreciables, pero audaces más allá de nuestros números, puesto que defendidos por carros y caballos de fuego en torno a la Montaña del Señor de los Ejércitos bajo quien estamos?

Tal es la Ciudad de Dios, la Santa Católica Iglesia de un extremo al otro del mundo, en la que se manifiesta y por la cual actúa la que es llamada en cada país la Iglesia visible. Tal Iglesia visible realmente depende sólo de la invisible, no del poder civil, ni de príncipes o de ningún hijo de hombre, ni de sus dotes, ni de sus multitudes, ni de ninguna cosa que sea visible, a no ser que verdaderamente pueda depender el cielo de la tierra, la eternidad del tiempo, los ángeles de los hombres, los muertos de los vivos.

El mundo invisible, por el secreto poder y misericordia de Dios penetra en este mundo, y la Iglesia que se ve es justamente la parte del mismo por la cual él se acrecienta. Así, si bien las iglesias visibles de los Santos en este mundo se ven escasas y esparcidas aquí y allí, como islas en el mar, son las reales cimas de las eternas montañas, altas, vastas y profundamente enraizadas, a las que un diluvio cubre.

Ahora, tales pensamientos están tan alejados del ordinario punto de vista mundano de las cosas —que se mueve por lo que ve, no por fe, y que no admite la existencia de algo que ocurra más allá, sino sólo lo que se puede tocar y manejar— que es preciso insistir y extenderse sobre de esas realidades.

El mundo se sitúa *a sí mismo* como medida de perfección y fuente de todo bien, y cuando las almas de los cristianos van de este mundo hasta el lugar de los espíritus, lo concibe como *su* pérdida, no como su ganancia. Al referirse a ellas, se lamenta y usa términos de semi-compasión, medio despectivos, como si su propia presencia y sociedad fueran gran cosa. También se compadece de ellas, pensando que no llegan a ver el final de lo que empezaron o vieron empezar, que ignoran sobre la fortuna de sus amigos o de la Iglesia, que son impotentes sobre sus propios proyectos o son algo descuidadas con ellos, como si fueran imperceptibles y sólo sombras, y fantasmas en vez de substancias. Considera que los vivos somos los agentes reales en el curso de los hechos, y ellos sólo se ven unidos a nosotros como una

iglesia a su patio, al cual conviene tener en cuenta, pero sin que sea apropiado detenerse allí.

Esta es su opinión sobre los que murieron, como si *nosotros* estuviéramos en la luz y *ellos* en la oscuridad, nosotros fuéramos poderosos e influyentes y ellos débiles, nosotros los vivos y ellos los muertos. Aun con la visión que el Evangelio nos abre, con el conocimiento de que el Único Espíritu de Cristo permanece siempre, y que quienes fueron hechos uno con Él jamás han sido separados de Él, y que quienes en Él mueren están irrevocablemente entrelazados con Él y unidos con Él, ¿nos atreveremos a pensar frágilmente sobre estos miembros indefectibles de Cristo y vasos de la gloria futura?

¿Presumiremos de comparar esa gran asamblea de los elegidos, ya perfectos y en descanso, pesaremos en la balanza esa gloriosa Iglesia invisible, tan populosa en almas, tan pura del pecado, tan libre de pruebas, junto con nosotros, pobres luchadores contra la carne y el demonio, que sólo tenemos las arras, no la corona de la victoria, de quienes no están los nombres de tal modo escritos en el cielo que no puedan ser nuevamente borrados? ¿Dudaremos por un momento, aunque San Pablo haya sido martirizado hace tantas centurias, que él —que mientras tenía un cuerpo, se encontraba presente en Corinto en espíritu aunque estuviera en Efeso— esté todavía presente en la Iglesia, más ciertamente vivo que los llamados vivientes, más verdadera y soberanamente Apóstol, ahora sobre un trono, que cuando tenía batallas exteriores y lágrimas interiores, una espina en su carne y el martirio como perspectiva?

¿Seremos como infieles suponiendo que la Iglesia es únicamente lo que aparece ser, una pobre, desamparada, despreciada y humana institución, desdeñada por los opulentos, saqueada por los violentos, sobre-racionalizada por los sofistas, patrocinada por los magnates, y, en cambio, no vamos a creer que se halla sirviendo en la presencia del Eterno Trono, al que rodean los “veinticuatro asientos, y sobre los asientos hay sentados veinticuatro ancianos, cubiertos con blanca vestidura y portando en su cabeza coronas de oro”?

¿Acaso tampoco vamos a reconocer vagamente en las alas de nuestras iglesias y a lo largo de nuestros claustros, alrededor de nuestras viejas tumbas y en los perdidos y desolados sitios —alguna vez considerados sagrados, no por una fría figuración poética, sino por la mirada creyente— el espíritu de nuestros padres y hermanos de todo tiempo, pasado y presente, cuyas obras han sido muy “conocidas” para Dios, y cuyas antiguas moradas siguen entre nosotros, prenda (según confiamos) de que Él no nos abandonará enteramente y nos dará fin?

¿Puede algún ser mortal y terrenal, fuerza exterior o traición interior, la voz popular, voluntad alguna de hombre, algo en todo el universo, altura o profundidad, o cualquier otra creatura, puede algo de esto evitar el decreto de Dios, emitido por nuestros pecados, alejar a nuestros invisibles compañeros santos de nosotros, y nivelarnos con la hierba del campo? ¿Pueden todos los esfuerzos de los hijos de los hombres, sus exactas delimitaciones de nuestro orden exterior, su medición de nuestro territorio visible, su resumen de nuestra substancia, su disminución de nuestros derechos civiles, su previsión de nuestros protectores, pueden éstos circunscribir la Ciudad del Dios Viviente, o localizar el lugar del Edén y la Montaña de los Santos?

Pero aquí es posible preguntarse si tal fe en la permanente presencia de la Iglesia invisible entre nosotros —en ese Espíritu del cual todos creen que estará presente hasta el fin— no interfiere con nuestra consoladora seguridad de que ya está en el descanso. “Cristo (se puede decir) trabajó hasta ahora como su Padre trabajó, y los ángeles prevalecen en fuerza, mas la naturaleza humana, aún en sus más puros y más celestiales especímenes, es desigual a esta incesante vigilancia, y al morir se dice que quedó dormida: ¿por qué no dejamos para ésta una tan confortable y graciosa herencia?”

Ahora, como sea que contestemos esta pregunta, lo cierto es —ya que tenemos la autoridad de San Pablo para decirlo— que al acercarnos a la Iglesia no nos aproximamos a Dios sólo, ni a Jesús el Mediador de la Nueva Alianza, ni a los innumerables ángeles, sino también, como él dice expresamente, a “los espíritus de los justos llevados a la perfección”. Y al hablar así, evidentemente no habla ni de los Santos en la tierra ni de los Santos después de la resurrección, sino sólo de lo que él designa especialmente “los *espíritus* de los *justos*”.

Ciertamente entonces, la Iglesia, en el juicio de San Pablo, está formada tanto por los muertos como por los vivos; y a pesar de estar presentes los muertos, no se sigue que no estén también en el descanso. Tal presencia en la Iglesia no implica labor o herramienta alguna, ninguna interferencia activa de quienes (se nos ha dicho) “descansan de sus labores”. Pues, simplemente, aunque “viven en Dios” y poseen poder con Él, no significa que *actúan* o son *concientes* de su poder. Esto es válido, por la misericordia de Dios, para los que se esfuerzan en la carne, los que rezan y predicán, obran la justicia y glorifican a Dios. Ellos tampoco ven ninguno de esos frutos, que no obstante se siguen. Noah, Daniel y Job ¿hubieran estado en una ciudad malvada, salvándola de la destrucción por su justicia, de saber

lo que estaban habilitados para hacer? No tenemos una razón para afirmarlo, pues una cosa es hacer el bien y otra el verlo.

Por otra parte, puede ser muy cierto que en un sentido descansen y en otro sean promotores activos del bienestar de la Iglesia, como ser por la oración; aunque no sabemos *cómo* son activos ni *cómo* están en reposo, o *cómo* pueden ambas a la vez. Se dice que Dios “descansó en el séptimo día de todo el trabajo que Él había hecho”, pero, sin embargo, que “trabajó hasta ahora”. Seguramente, en Él, que es eterno y todo-suficiente, se encuentra absoluta y perfectamente esa incomprensible unión de poder omnipotente con perpetuo reposo. Y lo que Él es en plenitud, puede graciosamente conferirlo por grados y según a la capacidad de sus elegidos.

Si no son términos contradictorios que Dios pueda descansar y además trabajar, que el Hijo de Dios muera y también tenga una esencia eterna, que el Hijo del hombre estuviera en el cielo mientras hablaba con Nicodemo, puede no haber contradicción en que el alma del hombre pueda dormir en el estado intermedio y no obstante estar despierta. Lo que digo es que lo que Dios tiene infinitamente y por naturaleza, puede otorgarlo en parte a nosotros, y así puede ser verdad que aunque los Santos están “exaltados de gloria” y “se alegran desde su lecho”, y están “los elogios de Dios en sus bocas”, también al mismo tiempo “una espada de dos filos está en sus manos para ejecutar la venganza a las naciones, para castigar al pueblo, para sujetar con cadenas a sus reyes y a sus nobles con grillos de hierro, para aplicarles su venganza, como está escrito. ¡Tal honor tienen todos sus Santos!”.

Finalmente, mientras pensamos de esta manera sobre la Iglesia invisible, estamos impedidos por muchas razones de semejantes invocaciones a sus miembros separados, como son desgraciadamente tan comunes en otros países cristianos. Primero, porque la práctica no era primitiva, sino una adición cuando el mundo fluyó dentro de la Iglesia. En siguiente lugar, se nos dice que recemos a Dios solamente, y la convocación puede fácilmente corromperse, volviéndose oración y entonces deviene idolátrica. Y aún debe considerarse que, aunque la Iglesia está representada en la Escritura como un canal de los dones de Dios para nosotros, no obstante es solamente como un cuerpo y sacramentalmente, no a modo de agente, ni en cada uno de sus miembros. San Pablo no afirma que nos hemos acercado a este o aquél santo, sino al conjunto, “a los espíritus de los justos que fueron llevados a perfección”, uno a uno ellos han de someterse al Día

del Juicio, mas en cuanto cuerpo son la Ciudad de Dios, Esposa Inmaculada del Cordero.

Permanezcamos, pues, en la porción en la que Dios nos ubicó, y agradezcámosle por lo que tan misericordiosa y providencialmente hizo por nosotros. El ha hecho bien todas las cosas, ni con exceso ni con defecto. No nos ha dicho que descuidemos a los fieles servidores de Cristo que han muerto, ni tampoco que les demos un honor indebido, sino que sólo pensemos en ellos, y no que les hablemos, que les tengamos aprecio, pero que únicamente en Él pongamos la confianza. Sigamos su regla, ni excediéndonos ni faltando a nuestro deber, sino, según indica san Pablo, “usando” sus dones “sin abusar”, no cesando en su uso —salvo que *debamos* abusar— sino absteniéndonos del abuso, mientras adherimos agradecidamente al uso.

Estos son pensamientos inspiradores para el cristiano solitario, desolado, difamado o despreciado, y le corresponden si por la acción y los hechos se asocia a esa Comunión que profesa. El que se asocia a la Iglesia de Dios, no meramente quien habla sobre ella o la defiende o la contempla, sino quien la ama. El ama la invisible compañía de los creyentes, el que ama a aquellos que son visibles. La prueba de nuestra unión con Cristo es el amor; la prueba del amor hacia Cristo y su Iglesia es amar a quienes El actualmente ve. “Quien no ama a su hermano a quien ha visto ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?”. Así, entonces, para que seamos dignos de estar en comunión con los fieles de todos los tiempos y lugares, tengamos una debida comunión con los de nuestro presente y nuestra propia cercanía. Roguemos a Dios que nos enseñe en qué somos tan deficientes, y que nos libre de emplear palabras y cuidadosos pensamientos que nuestras acciones expongan para la vergüenza. Es algo muy fácil pensar cosas refinadas que no tenemos derecho a decir.

Sintámonos tiernamente inclinados hacia todos los que Cristo hizo suyos por el Bautismo. Tengámosle simpatía y dediquémosle pensamientos benévolos, y seamos cálidos de corazón, amables, y sencillos, y gentiles para con ellos, y discurramos sobre su bien, y oremos para su crecimiento en la fe y la felicidad. “No amemos de palabra ni con la lengua, sino con hechos y con verdad”. Porque “Dios es amor” y si nos amamos unos a otros, “Dios habita en nosotros y su amor llegó a la perfección en nosotros”.

Tradujo: Lic. Silvia Rodríguez Quiroga

La Iglesia de los Padres
 Historical Sketches, vol. I, capítulo II

(continuación del número anterior)

Los trabajos de Basilio

“Y yo me dije: en vano he trabajado; he gastado mis fuerzas sin causa y en vano; por eso, dejo mi juicio al Señor, pongo mi trabajo ante mi Dios.”

I

Los instrumentos que Dios Todopoderoso suscita para cumplir sus designios son de dos clases: igualmente dotados de fe y piedad, pero diferentes, por temperamento natural, talento, educación y otras circunstancias, en cuanto a los medios con los que promueven la sagrada causa. Entre los primeros están esos hombres de espíritu penetrante y rápido, con un conocimiento perfecto de la naturaleza humana y amplia visión, de aspecto persuasivo y atrayente, afables, sociables y populares, dotados de prudencia, paciencia, tacto instintivo y decisión para conducir los asuntos y a la vez valientes y llenos de celo. Más o menos así cabe imaginar al directo, intrépido y aguanteador Hildebrando,¹ quien, en tiempos de renovación de la sociedad, fue, humanamente hablando, el salvador de la Ciudad de Dios. Así fueron, en época anterior, el majestuoso Ambrosio y el incansable Atanasio.² Estos dos últimos fueron luminarias de la Iglesia que salieron tempranamente a la vida pública, y así aprendieron a habérselas con gentes de los más variados temperamentos, opiniones y posiciones. Atanasio tenía apenas veintisiete años cuando fue al Concilio de Nicea en compañía de Alejandro, y al año siguiente

ya era obispo de Alejandría. Ambrosio fue consagrado poco después de los treinta.

Pero hay también otra clase de instrumento en manos de la Providencia: humanamente menos refinado y radiante, políticamente menos dotado si cabe, pero de una contextura no menos bella y de un material no menos precioso. Tal es el estudiante retirado y pensativo que años y años ha permanecido en la soledad de un colegio o de un monasterio, mortificando en secreto su alma y elevándola hasta altos pensamientos y rectos propósitos, y que, cuando al fin es llamado a la vida activa, se conduce con firmeza, sencillez, celo ardiente como una llama y con pureza e integridad impregnadas de dulzura. Este tipo de hombre suele no tener éxito mientras vive; no suficientemente artero para persuadir, demasiado severo para agradar; inexperto en cuanto a las debilidades de la naturaleza humana, desprovisto de los recursos de un ingenio rápido, indiferente a los aplausos de los hombres, sin sospechas, de corazón abierto, cumple su obra y así la deja. Se la daría por muerta, pero renace en la generación siguiente, y a la larga resulta difícil decir quién de estos dos tipos de hombres ha servido la causa de la verdad con mayor eficacia. Así quizás fue Basilio, que salió de las soledades del Ponto pa-

ra gobernar como un rey y administrar como el más humilde del reino; para recibir en cambio poco más que desencantos y dejar la vida prematuramente en medio de penas y dolores. Así fue su amigo, el talentoso Gregorio, aunque diferente en tantos aspectos, que dejó la casa paterna para encaminarse a una ciudad herética y, tras establecer allí una iglesia y asegurar el triunfo sobre la falsa doctrina, ser desterrado por su propio pueblo. Así, quizás, le pasó también a San Pedro Damián en la Edad Media, y a San Anselmo, y San Edmundo. No se trata por cierto aquí de comparar los dos tipos de hombres en cuanto a la excelencia religiosa: cada uno de ellos sirve a Dios de acuerdo con los dones particulares que recibió. De continuar con la comparación, sólo diríamos que San Pablo nos recuerda al primer tipo y Jeremías al segundo.

Con estas observaciones sólo intento introducir a los siguientes extractos de cartas de Basilio que, si bien de muy variados temas, son todas ilustrativas del estado de perturbación en que entonces se hallaba la Iglesia en aquella zona de la Cristiandad, y también ilustrativas de sus trabajos, aparentemente infructuosos en su momento, para devolverle la verdad y la paz.

II

Los desórdenes de la Cristiandad, especialmente en Oriente, y aún más en Asia Menor, eran tan grandes en la época de Basilio que un espectador incrédulo hubiera podido vaticinar la ruina total de la Iglesia. Tan violenta convulsión no volvió nunca a experimentarla después la Cristiandad, ni siquiera en los días de San Gregorio VII o San Pío V. Se hubiera dicho que los poderes del mal, previendo lo que llegaría a ser el Reino de los Santos una vez pasadas las persecuciones que le inflingieran los paganos, estuvieran haciendo un último esfuerzo para destruirlo. En Asia Menor la Iglesia casi carecía de forma, “vana y vacía”, y los intereses religiosos se hallaban reducidos, por decirlo así, a un estado de caos, en medio de lo cual Basilio aparece como principio de verdad y orden, divinamente suscitado y erigido para armonizar los elementos discordantes y reconducirlos a la unidad de la fe y el amor. Sin embargo, el resultado no se mostró en vida de Basilio. Valente, en pro del arrianismo, prosiguió su persecuciones hasta el año anterior a la muerte del santo; y después los semi-arrianos continuaron su cisma; y tratando de guiarlos hacia la verdad, Basilio se expuso a las calumnias, tanto de parte de

sus hermanos —como si favoreciese la herejía vigente—, como de parte de los herejes —como si él sostuviese una herejía opuesta—. Las disensiones existían tanto dentro de la Iglesia como afuera. Ya me he referido al diferendo de Basilio con su obispo predecesor, Eusebio, y al partido (al que se alió su tío) que se armó en contra de Basilio cuando éste asumió la sede. Los celos y sospechas de que fue objeto perduraron a lo largo de su exarcado. Al parecer su autoridad se extendía, de un modo más o menos definido, sobre todo el territorio que los romanos llamaban el Ponto, que era más de la mitad del Asia Menor y abarcaba once provincias. Ancira, Neocesarea, Tiana, entre otras sedes principales, lo reconocían como su superior eclesiástico, pero está documentado que los obispos de esas ciudades se le opusieron. Si salía de su propio distrito a la vecina jurisdicción de Antioquía, hallaba a esta metrópolis perturbada por el cisma: cuatro obispos a la vez en una misma sede, dos de ellos herejes, el tercero reconocido por Roma y Alejandría, sólo el cuarto en comunión con él. Si pasaba al sur y al oeste, y negociaba con Alejandría y Roma para arreglar esos desórdenes, se topaba con decepciones por más que eran santos los que ocupaban dichas sedes. Y ésta es la historia de su episcopado, por el cual dejara su dulce vida monástica.

En cuanto al partido de los obispos que se opusieron a su elección, en pocos años conquistó a la mayoría —como lo hiciera con su tío— con firmeza y amabilidad, si bien le dieron trabajo todavía un buen tiempo. “*Nuestros amigos*” —le dice a Eusebio de Samosata poco después de su elección— “*no han mejorado como esperábamos. Después que vos os fuisteis volvieron a aparecer diciendo y haciendo muchas cosas desagradables; y al fin se fueron obstinados en su cisma*” (Ep.20). Tres años después se queja al mismo amigo de las dificultades que le creaba la conducta de aquéllos para ejercer su mandato en la Iglesia:

“*Para que no supongáis que los intereses de la Iglesia están entregados a mis enemigos por negligencia mía, hago saber a vuestra reverencia que los obispos en comunión conmigo, sea por antipatía, o por sospechar de mí, o por falta de franqueza, o por oponerse a las medidas legítimas, lo que el diablo engendra, rehúsan actuar conmigo. En cuanto a la profesión de fe, la mayoría de nosotros estamos unidos, incluso el excelente Bosporius; pero de hecho no actúan conmigo ni siquiera en los asuntos más ínfimos. El abatimiento que esto me produce es la causa principal de que no ande bien, mis indis-*



Basilio el Grande junto a Atanasio, monasterio de San Moisés el etiope, Nabak, Siria.

posiciones me vuelven continuamente por mi excesiva pena. ¿Qué puedo hacer yo? Sabéis bien que los cánones no permiten imponerse por fuerza. ¿Qué remedio hay que no haya intentado? ¿Y qué reglas a que no haya apelado para atraer su atención, por carta o conversando? Pues vinieron aquí creyéndome muerto, y cuando gracias a Dios me ballaron vivo, les expuse las cosas razonablemente. Y me conceden todo en mi presencia, pero ni bien se van vuelven a sus propias opiniones." (Ep.141)

Entre las injurias que le infligió Eustathius está el haber difundido el rumor de que Basilio era seguidor del hereje Apolinar. Parece que esta calumnia, aludida en la carta que escribió en su propia defensa respondiéndole a Eustathius (y citada por mí en el capítulo anterior), fue creída por el obispo de Ancira, llamado Atanasio, quien, habiendo sido arriano un tiempo, se arrepintió luego y demostró un gran celo por la verdadera fe. Este obispo difundió entonces cosas muy duras sobre Basilio, por lo que éste, que lo tenía en gran estima, le escribió la siguiente carta:

Basilio a Atanasio, obispo de Ancira:

"Me he enterado por personas que me llegan de Ancira, más numerosas de lo que puedo contar, y diciendo todas lo mismo, que vos, querido amigo (¿cómo puedo usar este suave término?), no tenéis buenos recuerdos de mí ni me apreciáis. Por mi parte, nada que suceda puede sorprenderme, estad seguro; nadie hay, por cierto, cuyo cambio pueda contradecir mis expectativas, puesto que ya hace mucho aprendí la debilidad de la naturaleza humana y su proclividad para darse vuelta. Por eso no lo tomo como cosa grave, aunque mi causa haya sufrido y —palabra de honor— la calumnia y el desprecio sean mi porción cotidiana. Pero lo que me parece muy extraño y antinatural es que seáis vos quien se enoje e irrite conmigo, y hasta el punto de lanzarme amenazas, según me dicen los que las han oído. Para seros franco, lo de las amenazas me causó risa. En verdad sería un niño si temiera tales intimidaciones. Pero lo que realmente me causa mucha inquietud y ansiedad es que alguien de tan seguro juicio como es el vuestro —juicio que creí preservado para confortar a las iglesias como raro fundamento de ortodoxia y semilla de viejo y sincero amor—, haya cedido a tal punto al estado actual de las cosas como para fiaros más de las calumnias de cualquier recién llegado que de la larga experiencia que tenéis de mí, y ser arrastrado sin evidencias a tan extravagantes sospechas. Pero ¿por qué decir sospechas? , pues alguien que se indigna y amenaza como me dicen que vos lo hacéis, parece manifestar, no ya el furor de la sospecha, sino el de una convicción clara y sin réplica.

"Pero como dije, lo atribuyo a las circunstancias; porque, hombre excelente, ¿qué inconveniente había para conversar confidencialmente conmigo en una breve carta sobre temas que os importaba tratar? Y si no, si no os gusta tratar esas cosas por escrito, ¿por qué no mandarme llamar? Pero incluso, si era tan necesario manifestaros en voz alta, y el ímpetu de la rabia no os permitía esperar, al menos podríais haberlo hecho con un amigo íntimo que pu-

diera guardar el secreto y transmitirme el mensaje. Pero, de hecho, ¿quién de cuantos fueron a veros no tenía las orejas llenas con la acusación de que yo estaba escribiendo y realizando cosas perjudiciales? Pues esto es lo que dijisteis vos, según mis confiables informantes. He pensado mucho sobre este asunto, pero estoy más perplejo que nunca. He llegado a pensar si algún hereje, usando maliciosamente mi nombre para un escrito suyo, haya sido el que angustió vuestra ortodoxia y os llevó a proferir tales palabras. Vos mismo podríais librarme de mi perplejidad si expresarais, amablemente y sin reservas, lo que os indujo a ofenderos tanto conmigo." (Ep. 25).

III

Otra hazaña de aquel Eustathius fue separar una parte de la costa del Ponto de la Iglesia de Cesarea so pretexto de que sus obispos estaban en la herejía. Esto sumió a Basilio por un tiempo en gran abatimiento, como si lo hubiesen dejado solo en la Cristiandad, sin comunión alguna con las otras partes. Por consejo de los obispos de Capadocia, se quejó a los separatistas en términos que pueden apreciarse en este fragmento:

"Vivo hasta ahora con mucha aflicción y pena sintiendo permanentemente que vosotros me estáis faltando. Porque cuando me dice Dios —que al encarnarse se propuso regular nuestra vida mediante ejemplos de deber, y poder anunciar con su propia voz el Evangelio del reino—, cuando Él me dice 'Así conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros', y al dejar el Señor Su propia paz a sus discípulos como regalo de despedida, ya a punto de completar su ministerio en la carne, dijo 'La paz os dejo, os dejo Mi paz', no me puedo convencer que, sin el amor a los demás y sin estar en paz con todos en la medida de lo posible, pueda yo llamarme servidor de Jesucristo. Ya hace mucho que estoy esperando que vuestro amor me brinde alguna visita. Pues no ignoráis que nosotros, expuestos por todas partes cual rocas erguidas en el mar, somos los que aguantamos la furia de las heréticas olas que en torno nuestro se quiebran pero sin lograr cubrir la región que nosotros salvaguardamos. Digo 'nosotros', no para atribuirlo al humano poder, sino a la gracia de Dios que muestra Su poder a través de la debilidad de los hombres, tal como dice el profeta en nombre del Señor: '¿Es que no me temeréis a Mí que he establecido la arena como barrera ante el mar?' —pues mediante la cosa

más débil y despreciable, la arena, el Topoderoso le ha puesto un límite al mar inmenso y potente. Y puesto que ésta es nuestra posición, correspondería que vuestro amor se evidenciase con frecuentes visitas de hermanos a nosotros que penamos en la tormenta, y con aún más frecuentes cartas de amor, tanto para alentar nuestro coraje como para corregirnos en caso de error. Pues reconocemos que somos hombres de carne y por tanto pasibles de muchos errores.

"No os dejéis influir por pensamientos como el siguiente: 'Puesto que vivimos sobre el mar, exentos de los sufrimientos de la mayoría, no necesitamos ayuda de otros ¿en qué nos beneficia la comunión con extraños? Porque es el mismo Señor que separó las islas del continente, quien ligó con amor a los cristianos isleños y continentales. Hermanos, nada nos separa a no ser un deliberado alejamiento. Tenemos un solo Señor, una sola fe, y la misma esperanza. Una mano necesita a la otra, uno y otro pie se sostienen entre sí. Los dos ojos no ven bien sino juntos. En cuanto a nosotros, reconocemos nuestra debilidad y buscamos vuestros sentimientos fraternales. Pues estamos convencidos de que, si bien ausentes corporalmente, por medio de la oración nos brindáis mucha ayuda en estos tiempos tan críticos. Ni es decoroso ante los hombres, ni es agradable a Dios, que hagáis declaraciones que ni siquiera hacen los gentiles que desconocen a Dios. Incluso ellos, a mi entender, aunque el territorio en que viven les baste para sus necesidades, se alían previendo el futuro incierto y aprecian la ventaja de comerciar mutuamente. Resulta empero que nosotros —hijos de los padres que han decretado que las pruebas de nuestra comunión, por medio de breves notas, sean publicadas desde un extremo al otro de la tierra, y que entre nosotros, todos debemos ser ciudadanos y familiares—, nosotros ahora nos separamos del resto del mundo, sin avergonzarnos de nuestro aislamiento y sin temor a que nos caiga aquella terrible profecía del Señor: 'Por causa de la desobediencia que abunda, se enfriará el amor de muchos'." (Ep. 203)

No sabemos qué resultado tuvo este llamado, ya que otras dificultades de la misma índole pero más dolorosas, ocurridas al mismo tiempo, nos ocultan el desenlace de la historia. El hecho es que se separó de Basilio la iglesia de Cesarea, tan cara para él por haber sido su residencia en su juventud y actualmente la de muchos de sus parientes, así como la sede de San Gregorio, el infatigable Apóstol del siglo III, de quien Basilio había heredado, a tra-

vés de su familia paterna, las tradiciones de la verdad cristiana. Parece que allí las esferas dirigentes adhirieron secretamente a la doctrina de Sabelio. El sabelianismo es el extremo opuesto del arrianismo,³ y sus partidarios decían que Basilio era arriano, en primer lugar por ser católico y no sabeliano, y luego por tener amigos semi-arrianos. Ésta fue la causa principal de la oposición que le demostraron, pero había también otras causas que desconocemos. Cabe notar que el enfriamiento comenzó durante el episcopado de Musonius, por más que Basilio lo mencione con mucho respeto y gratitud; así habla de él con motivo de su muerte en una carta de condolencia enviada a los de Neocesarea —no siendo todavía obispo Basilio—:

“Ha desaparecido un hombre de indudable preeminencia entre sus contemporáneos por todas sus dotes terrenas, baluarte de su nación, ornato de las iglesias, pilar y fundamento de la verdad, firme sostén de la fe en Cristo, protección de sus amigos, invencible ante sus adversarios, guardián de las reglas de los Padres, enemigo de innovaciones. Viviente ejemplo de la primitiva Iglesia, modeló la que le fue confiada conforme a la sagrada imagen de su antigua constitución, al punto que se diría que quienes vivieron junto a él vivían con aquellos que fueron luminarias en la Iglesia durante doscientos años o más.” Agrega: *“Debo decir que si bien este bienaventurado hombre no colaboró conmigo en la pacificación de las iglesias, debido a ciertas ideas preconcebidas, según me lo declaró (Dios lo sabe, y los que me conocen), al menos nunca dejé de expresarle mis sentimientos de comunión y de pedirle su asistencia en el combate contra los herejes.”* (Ep. 28)

IV

Pero volviendo al asunto: si las relaciones de Basilio con algunos semi-arrianos lo volvieron sospechoso a los ojos de los católicos, mucho más odioso lo volvieron ante quienes simpatizaban —como ciertos neocesarianos— con el partido de los sabelianos, que estaban en el extremo opuesto a los semi-arrianos y eran sus peores enemigos. No es de extrañar entonces que, años después, Basilio tuviese que escribir a la Iglesia de Neocesarea en estos términos:

“Ha habido un largo silencio entre ambas partes, reverendos y querísimos hermanos, como si hubiera sentimientos de odio entre nosotros. Pero

¿hay alguien tan obstinado e implacable para con el partido que lo ha injuriado, como para alimentar el resentimiento que empezó siendo disgusto, a lo largo de toda una vida? Es lo que ocurre en nuestro caso, por más que no existe un motivo legítimo de alejamiento, que yo sepa, sino al contrario, buenas razones desde el principio para la amistad y unidad más íntimas. La primera y mayor de todas es el mandamiento de Nuestro Señor que dice positivamente: ‘Por esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros’. En segundo lugar, si el tener los mismos maestros favorece mucho la intimidad, vosotros y yo tenemos en común los mismos maestros de los misterios divinos y de los Padres espirituales que desde el principio fueron los fundadores de nuestra Iglesia. Me refiero al gran Gregorio, y a todos aquellos que, sucediéndose por orden en vuestro episcopado, como estrellas que una tras otra se elevan, han seguido el mismo camino, dejando a todos cuantos desean las claras indicaciones de la conducta religiosa. ¿Cómo es posible entonces, oh ciudad entre todas venerable (ya que a través de vosotros me dirijo a toda la ciudad), que no me llegue de allí ningún cortés mensaje, ninguna voz de bienvenida, y en cambio vuestros oídos se abran a quienes buscan calumniarme? ¿Qué diré, hermanos? No que soy un hombre sin pecado, no que mi vida esté exenta de innumerables faltas. Me conozco, y no dejo de llorar por mis pecados, por si Dios se aplaca y me libro del castigo que por ellos me amenaza. Pero lo que digo es esto: que el que me juzgue busque la paja en mi ojo si es que puede decir que su propio ojo es claro. Y en una palabra, hermanos, si mis ofensas admiten curación, ¿por qué no obedecer al Doctor de las Iglesias que manda ‘Reprueba, reprocha, exhorta’? Y si en cambio mi iniquidad es incurable, ¿por qué no encararme de frente y revelando mis transgresiones librar a las iglesias de los perjuicios que les ocasiono? Hay obispos: que apelen a ellos. Hay clérigos en todas las diócesis: que reúnan a los más eminentes. Que los que quieran hablen francamente, para que yo tenga que atenerme a un cargo, no a una calumnia. Si la falta es sobre un punto de fe, que me señalen la prueba. Que hagan una encuesta abierta e imparcial. Que lean la acusación, que la sometan a prueba, a ver si proviene de la ignorancia del acusador o de una falla en materia de redacción. Porque lo que es recto suele parecer lo contrario a los que carecen de un juicio ecnánico. Cargas iguales parecen desiguales cuando los brazos de la balanza son de tamaño diferente.”

Interrumpo el hilo de su autodefensa para llamar la atención sobre esta feliz imagen. Las cargas de la balanza son los argumentos antagónicos en pro y en contra de un determinado punto, y sus brazos representan las opuestas interpretaciones y presunciones a que dan lugar y que, variando según cada juicio individual, modifican y alteran la fuerza motriz de las cargas. Continúa:

“Que nadie piense que me estoy disculpando para evadir el cargo. Lo pongo en vuestras manos, queridísimos hermanos, para que investiguéis vosotros mismos los puntos que se alegan contra mí. Si hay algo que no entendéis, preguntadme por medio de personas elegidas por vosotros que podrán juzgarme, o bien pedidme explicaciones por escrito. Y no permitáis que nada quede sin examinarse.

“¿Qué mayor evidencia puede haber sobre mi fe que el hecho de haber sido educado por mi abuela, esa bienaventurada mujer que fue vuestra compatriota? Me refiero a la célebre Macrina, que me transmitió las enseñanzas del muy bienaventurado Gregorio al que –según lo guarda mi memoria hasta hoy– ella misma estimaba tanto mientras, durante mi infancia, me modelaba y formaba en las doctrinas de la religión. Y cuando adquirí la capacidad de pensar y con la edad maduró mi razón, viajé por mares y tierras y, siempre que hallé personas que se comportaban de acuerdo con la regla de la fe religiosa que nos ha sido dada, las consideré como padres.

“Lo bueno sería ser juzgado, no por uno o dos de los que no andan correctamente en la verdad, sino por todos los obispos del mundo que a mí están unidos por la gracia de Dios. Preguntad a los de Pisidia, Lycaonia, Isauria, las dos provincias de Frigia, a vuestros vecinos de Armenia, los de Macedonia, Acaya, Iliria, Galia, España, los de toda Italia, los de Sicilia, África, los de la parte sana de Egipto y lo que de sano queda en Siria, todos los cuales me envían cartas y a su vez de mí las reciben. Quien rompe la comunión conmigo –esto no puede escapar a vuestra perspicacia– él mismo se corta de toda la Iglesia. Mirad en torno vuestro, hermanos, ¿con quién estáis en comunión? No me pongáis en la necesidad de aconsejar algo desagradable en lo concerniente a una iglesia que me es tan querida. Preguntad a vuestros padres, y ellos os dirán que, aunque nuestros distritos estén separados por su posición (geográfica), son sin embargo una sola cosa por el pensamiento y un único sentimiento los gobierna. Frecuentes son los intercambios de la gente, frecuentes las visitas de la clerecía, y también los pastores se tienen tal afecto que unos con otros

se toman por maestros y guías en las cosas referentes al Señor.” (Ep. 204)

V

Ningún resultado podía esperarse de estas quejas, por más sinceras y afectuosas que fueran, cuando lo que en el fondo estaba obrando era el espíritu de herejía. Y si ahora pasamos del norte al sur, de los vecinos del propio Basilio a las iglesias de afuera, del pequeño partido sabeliano local a la confederación arriana extendida en el exterior, veremos allí nuevas pruebas. De hecho, el arrianismo como tal, a pesar del patronazgo de Valente, languidecía y daba señales de muerte natural; pero sus partidarios habían planteado cuestiones que llegaron a desconcertar incluso a muchos que no se dejaron arrastrar por ellas. A la larga, el sagrado objeto de la controversia quedó tan nublado y confundido por las explicaciones, sutilidades y distinciones, que parecía imposible que los cristianos llegaran a la unanimidad sobre el credo ortodoxo. El grupo que más contribuía entonces a embarullar las opiniones teológicas era el de los llamados semi-arrianos, o macedonios, por razones que no cabe aquí detallar. Con gran celo se oponían éstos a los arrianos, aunque provenían de sus filas, y se mostraron dispuestos, tras la muerte de Constantino (en 361), a reintegrarse al catolicismo. Cuando Basilio asumió, había tenido lugar una reunión parcial, pero las cosas permanecían todavía en un estado insatisfactorio, y es sobre esto que él escribió la carta siguiente al gran Atanasio,⁴ quien estaba entonces a punto de ser expulsado de la Iglesia:

Basilio a Atanasio, obispo de Alejandría:

“No creo que nadie experimente un dolor tan grande como Vuestra Gracia ante el estado actual de las iglesias, o más bien ante su inestabilidad, sobre todo al comparar, como sin duda vos lo hacéis, el presente con el pasado, y al considerar la diferencia entre ambos. Al paso que avanza el mal en las iglesias, es evidente que en poco tiempo han de perder su actual constitución. Con frecuencia he reflexionado que, si la corrupción de las iglesias me aflige a mí tanto, cuánto más habrá de sentirlo quien fue testigo de su primera estabilidad y unanimidad en la fe. Y si Vuestra Excelencia sufre más, es de suponer su mayor ansiedad por verlas restablecidas. Por lo que a mí respecta, opino desde hace tiempo, según mi imperfecto conocimiento de los asuntos eclesiásticos, que el único medio para ayudar a nuestras iglesias es la cooperación de los obispos de

Occidente. Si ellos dedicasen a esta parte de la Cristiandad el mismo celo que han manifestado ante uno o dos herejes que hubo entre ellos, cabría esperar que nos beneficiáramos nosotros: los poderes civiles quedarían persuadidos por el argumento de la mayoría y la población de cada sitio seguiría a sus líderes sin vacilar. Ahora bien, nadie más apto que vos para llevar a cabo esto, por vuestra sagacidad para aconsejar y vuestra energía para actuar, por ser tan sensible a los sufrimientos de los hermanos y porque todo Occidente venera vuestras canas. Reverendísimo Padre, legad al mundo un memorial acorde con vuestras primeras obras. Coronad vuestras innumerables combates anteriores por la religión con este último logro. Enviad a los obispos de Occidente, desde vuestra santa iglesia, hombres potentes por su sana doctrina, relatándoles nuestras calamidades y sugiriéndoles el modo de aliviarlas. Sed para nuestras iglesias un Samuel, apiadaos de los rebaños dañados por la guerra, rogad por la paz, implorad la gracia del Señor para que conceda una señal de paz a las iglesias. Sé bien que las cartas son débiles instrumentos para persuadir sobre un asunto de tanta magnitud; pero como vos no necesitáis ser urgido por nadie, lo mismo que los generosos combatientes no necesitan ser aclamados por los niños, yo por mi parte os hablo, no como adoctrinando a un ignorante, sino como quien añade empuje a otro que de por sí está lleno de ardor.

En cuanto a estos problemas de Oriente, quizás desearéis la asistencia de otros y juzgaréis necesario esperar la llegada de los obispos de Occidente. Hay empero una iglesia cuya prosperidad depende enteramente de vos: la de Antioquía. En vuestras manos está manejar uno de los partidos y moderar al otro como para unirlos y así fortificar al fin la Iglesia. Bien sabéis vos, sin que nadie tenga que decíroslo, que, lo mismo que en las prescripciones de los médicos, hay que empezar el tratamiento por las partes más vitales. ¿Y qué podría ser más vital para la Cristiandad que la salud de Antioquía? Si al menos pudierais arreglar las disensiones allí, una vez restablecida la cabeza, el resto del cuerpo recuperaría sanidad” (Ep.66).

Ya he observado que en Antioquía había dos obispos ortodoxos, uno por sucesión canónica, y el otro de origen arriano pero vuelto al acatamiento. En el período que estamos considerando, los obispos de Oriente, entre ellos Basilio, se habían puesto en comunión con este obispo de procedencia arriana; en tanto que Atanasio, lo mismo que las iglesias de Oc-

cidente, estaban desde el primer momento en términos de amistad y relación con el representante de la línea primitiva. Así pues, en esta carta, Basilio está invitando a Atanasio a algo de hecho imposible a pesar de la influencia y el talento del gran primado de Egipto ya que, habiendo reconocido a una parte de los disputantes, no podía mediar entre las dos. De modo que no logró nada con su intervención.

VI

A continuación, Basilio mismo se dirigió a las iglesias de Occidente. Se conserva una carta, al parecer escrita al papa reinante, Dámaso, sobre los asuntos de Oriente, donde dice:

“¿Qué mayor placer que el ver gentes entre sí tan alejadas por la distancia, y sin embargo unidas por el amor, comunicando por la armonía de la fraternidad en el cuerpo de Cristo? Casi todo el Oriente, Reverendísimo Padre, es decir el territorio que va desde Illyricum hasta Egipto, padece sacudido por una violenta tempestad. Hemos estado esperando una visita de vuestra tierna compasión como único remedio a estos males. Encantadas nuestras almas por vuestra extraordinaria caridad de siempre en el pasado, nos alentó un tiempo la gozosa noticia de que tendríamos una visita vuestra. Enviadnos personas que piensen como nosotros, ya para reconciliar los partidos en desacuerdo, o para devolver la unidad a las iglesias de Dios, o al menos para aportar a vos una clara idea de los autores de la confusión, de manera que en el futuro podáis daros cuenta con quién conviene estar en comunión. No os apremiamos por nada nuevo, sino por lo que es costumbre entre los hombres bienaventurados y favorecidos por Dios desde antiguo, y especialmente vos. Nosotros sabemos, por el recuerdo que tenemos de tiempos pasados, por lo que aprendimos de nuestros padres, y por documentos que aún conservamos, que Dionisio,⁵ aquel bienaventurado obispo, eminente en vuestra sede por su ortodoxia y otras virtudes, visitó por carta a nuestra iglesia de Cesarea y consoló por carta a nuestros padres, y mandó representantes para rescatar de la cautividad a los hermanos.” (Ep.70)

Acto seguido se dirigió a la totalidad de los obispos de Occidente en dos cartas que dan cuenta del lastimoso estado de Oriente.

Basilio a sus santos hermanos los obispos de Occidente

“Dios misericordioso, que siempre añade el consuelo a la aflicción, me ha reconfortado última-

mente en medio de mis pesares mediante las cartas que de vuestra Santidad nos ha transmitido el reverendísimo padre Atanasio. Bien conocidas son nuestras aflicciones sin necesidad que las repita, pues desde aquí han llegado a oídos de toda la Cristiandad. Los dogmas de los Padres son despreciados, las tradiciones apostólicas son tenidas en nada, los hallazgos de los innovadores se expanden en las iglesias. Los hombres, en lugar de ser teólogos, han aprendido a especular. A la sabiduría del mundo se le da el lugar de honor, desalojando la gloria de la Cruz. Los pastores son desterrados, y son acogidos los lobos que saquean el rebaño de Cristo. Despojadas de pastores están las casas de oración, y el desierto lleno de gente que se lamenta: las personas de edad se entristecen comparando lo que pasa con lo que pasó, y más dignos de compasión son los jóvenes que no conocen aquello de que se ven privados. Lo dicho basta para encender de simpatía a quienes fueron formados en el amor de Cristo, y sin embargo, comparado con los hechos, está lejos de describir su gravedad.” (Ep. 90)

En la segunda carta, dirigida a los obispos de Galia y de Italia, dice:

“El peligro no se limita a una iglesia, ni son sólo dos o tres las que se han derrumbado bajo esta grave tempestad. El mal de la herejía se difunde casi desde los confines de Illyricum hasta la Tebaida. Las doctrinas religiosas han sido trastocadas, las reglas de la Iglesia se hallan en un estado de confusión; los puestos de autoridad han sido ocupados por ambiciosos sin principios; y la principal sede episcopal se otorga como recompensa a la impiedad, de modo que aquel cuyas blasfemias son más chocantes es quien resulta más elegible a los ojos del pueblo. Ha desaparecido la seriedad sacerdotal y no queda nadie competente que nutra la grey del Señor. Aumentan los ambiciosos y corrompidos que en beneficio propio se apoderan de los bienes que les han sido confiados para los pobres. Ya no existe la estricta observancia de los cánones, ni hay barreras para el pecado. Ante este espectáculo los incrédulos se ríen, y los débiles están desconcertados; la fe es incierta y la ignorancia se expande en las almas porque los que adulteran perversamente la Palabra lo hacen simulando la verdad. Las personas piadosas guardan silencio, en tanto se le da libre curso a toda lengua que blasfema. Las cosas sagradas son profanadas; y los laicos que aún conservan una fe sana, evitan los lugares de culto, cual escuelas de impiedad, y solitariamente, con gemidos y lágrimas, elevan sus manos al Dios del cie-

lo.

Apresuraos pues, mientras haya cristianos que todavía parecen mantenerse firmes, apresuraos a socorrernos. Apresuraos a venir pues sois nuestros hermanos, os lo suplicamos. Extended vuestras manos y levantad a los que estamos caídos, no permitáis que la mitad del mundo se sumerja en el error ni que la fe se extinga en los lugares desde donde al principio expandió su luz. Lo más triste de todo es que está dividida incluso la misma porción que parece sana entre nosotros, por lo cual nos acechan calamidades tales como cuando fue sitiada Jerusalén.” (Ep.92)

En otra parte Basilio dice: “El colmo es que se dé el nombre de obispos a hombres perversos, esclavos de esclavos, y que nadie entre los siervos de Dios quiera enfrentarlos, nadie, salvo los inmorales.” (Ep.239). A su vez su amigo Gregorio⁶ nos da, en varias partes de sus obras, el mismo cuadro de la Iglesia de Oriente en esa época:

“Ahora entre nosotros”, dice, “la Orden más santa está en vías de convertirse en la porción más vil de todas. Pues la sede principal se obtiene por mala conducta más que por virtud, y las sedes no pertenecen a los más dignos sino a los más poderosos. Con facilidad y sin esfuerzo se toma para mandar a cualquiera de reciente reputación que, apenas instalado, se lanza como lo hacen los gigantes de la fábula. Hacemos santos de un día para otro, y pretendemos que tengan sabiduría los que ni siquiera la han aprendido y que no han aportado a la función que acceden más que el deseo de encaramarse a ella.” (Orat.43)

VII

Las cartas a los obispos de Occidente, a las que hemos pasado revista, fueron escritas en 372. En el término de tres años, cambia el tono de Basilio hacia dichos hermanos: es que tenía motivos de insatisfacción en general, y sobre todo le parecía que el papa Dámaso había demostrado poco celo para con los problemas de Oriente. En varias cartas expresa Basilio su descontento. Por ejemplo, cuando hubo que mandar otra embajada en misión a Roma, y él pensó en su hermano Gregorio, obispo de Nyssa.⁷

“Pero —dice— no hallo otros que puedan acompañarlo, y siento que es completamente inexperto en cuestiones eclesiásticas; por lo cual, aunque pueda apreciar y aprovechar su trato una persona sencilla, en cambio, cuando alguien está encumbrado,

es altanero y distante, y por tanto incapaz de escuchar al que desde abajo le dice la verdad, ¿qué resultado para el bien común podría reportar su conversación con quien no se inclina a bajas lisonjas?" (Ep.215)

Cabe observar, y no deja de ser curioso, que el que fue injustamente acusado de orgullo por los santos, caiga a su vez en una injusticia similar al acusar de orgullo a otro santo. En otra carta le dice a su amigo Eusebio:

"Resulta aplicable el dicho de Diomedes: 'Hubiera preferido que no le rogases, pues altanero es ese hombre'. Pues en verdad, si una mente altiva es cortejada, seguramente se vuelve más despreciativa todavía. Por otra parte, si impetramos al Señor, ¿qué más necesitamos? Pero si la cólera de Dios subsiste, ¿qué socorro podemos esperar del desdén de los occidentales? Ellos no conocen ni aguantan conocer el verdadero estado de las cosas, sino, prevenidos por falsas sospechas, están actuando ahora como actuaron en el caso de Marcelo, cuando se pelearon con los que les contaban la verdad, y con las medidas que tomaron reforzaron la herejía. Por mi parte, me decidí a escribir a su jefe, dejando de lado las formas, -nada de eclesiástico en verdad, sino justo lo necesario como para insinuar que ellos no conocen nuestra situación real, ni se mueven para conocerla; y a escribirle en general para observarle que no conviene ser duro con los que se hallan humillados por las pruebas, ni confundir la dignidad con la altanería, que es un pecado que de por sí enemista con Dios." (Ep.239)

Sin bien Basilio empezaba a desesperar de la ayuda de Occidente, no por ello dejaba de necesitarla. Por el año 376 habían empeorado las cosas en Oriente y, a pesar de su insatisfacción, se vio empujado a dirigir un nuevo pedido a sus hermanos distantes. Su motivo principal era reconciliar el Oriente y el Occidente, en un momento en que este último, lejos de apoyar a los católicos de Asia contra los arrianos, se había inclinado a reconocer a Antioquía una comunión separada —al punto de introducir en ella una nueva sucesión—, con lo que indirectamente arrojaba sospechas sobre la ortodoxia de Basilio y de sus amigos. He aquí sus quejas:

"¿Por qué no se nos ha escrito una carta de consuelo? ¿Por qué nuestros hermanos no nos han dirigido una invitación ni ninguna atención de las que nos son debidas por la ley del amor? Ya van trece años desde que la guerra herética se desencadenó contra nosotros, durante los cuales la Iglesia ha padecido las peores aflicciones que se recuerdan

desde que fue predicado el Evangelio de Cristo. Y las cosas han llegado a este extremo: el pueblo ha abandonado sus casas de oración y se reúne en los desiertos; penoso espectáculo es ver a mujeres y niños, ancianos y enfermos, viajando miserablemente al aire libre, bajo abundantes lluvias, tormentas de nieve, vientos y heladas en invierno; y en verano bajo un sol abrasador. Y todo ello lo aguantan por no querer someterse a la maldita levadura de los arrianos." (Ep. 342)

Y repite esta penosa descripción en otra carta dirigida por la misma época a los obispos de Italia y de Galia en especial:

"Sólo una ofensa es hoy vigorosamente castigada: la estricta observancia de las tradiciones de nuestros padres. Por esta causa las gentes piadosas se apartan de nuestros territorios hacia los desiertos. A los jueces inicuos no les importan ni las canas, ni las piadosas abstinencias, ni el que se viva el Evangelio durante toda una vida. El pueblo se lamenta y llora sin cesar en sus hogares y afuera, con dolándose mutuamente de sus sufrimientos. Hasta un corazón de piedra estaría de duelo. Un grito unánime en la ciudad, en el campo, en los caminos, va manifestando estas tristezas. Ya no hay gozo ni alegrías espirituales, nuestras fiestas se han vuelto duelos; nuestras casas de oración están cerradas; nuestros altares, desprovistos de culto. No hay más asambleas cristianas, ni maestros que las presidan, ni instrucciones saludables, ni himnos por la noche; no más esa feliz exultación de las almas que brota de la comunión en la fe y en los dones. Lamentad lo que nos pasa, que el Hijo Único es blasfemado, sin que haya protestas; que el Espíritu Santo es tenido en nada, yendo a exilio quien podría refutar esto. Introducen el politeísmo, hablando de un gran Dios y otro menor; por la palabra "Hijo" no entienden la esencia, sino un mero título honorífico. El Espíritu Santo no completa la Trinidad, ni participa de la naturaleza divina, sino, cual si fuese una creatura, lo agregan negligente e inútilmente al Padre y al Hijo.⁸ Oyendo esto, los simples se extravían y se habitúan a las profanaciones heréticas. Con estas falacias impías se alimenta a los hijos de la Iglesia. Pues ¿qué pueden hacer? Los bautismos están en manos de los arrianos, lo mismo que el cuidado de los viajeros, la visita a los enfermos, el consuelo a los tristes, el auxilio a los abatidos, y toda clase de asistencia, y la administración de los sacramentos. Como todo ello es llevado a cabo por los arrianos, el pueblo se ve obligado a mantenerse en buenos términos con ellos, y así, estando como está

manejado por impostores, a nosotros, aunque nos aseguren la libertad, no nos quedará ya en poco tiempo ni la esperanza de reconducir a la gente al conocimiento de la verdad." (Ep.243)

VIII

Agregaré todavía otra carta, escrita algunos años antes que estas últimas, y dirigida a Evagrio, sacerdote de Antioquía que había tomado parte en las negociaciones de Basilio con Roma, y que había expresado la intención, que no cumplió, de ponerse en comunión con Meletio, el obispo de Antioquía, reconocido por Basilio y el Oriente. Esta carta insinúa los mismos cargos contra los obispos de Occidente que hemos visto luego abiertamente expresadas.

Basilio a Evagrio, presbítero:

"Lejos de impacientarme por vuestra larga carta, os aseguro que me ha parecido corta por el placer que me ha procurado su lectura. Es que ¿puede haber algo más placentero que la idea de la paz? O ¿hay algo más acorde con el ministerio sacerdotal, y más aceptable al Señor, que las medidas para obtenerla? Ojalá podáis recibir la recompensa del pacificador, ya que tan bendito oficio ha sido objeto de vuestros buenos deseos y esfuerzos. Creedme además, mi reverendo amigo, que no le cedo a nadie en cuanto a desear y orar empeñosamente para ver el día en que todos aquellos que por el sentimiento ya son uno, lleguen a unirse en la misma asamblea. Sería en verdad monstruoso complacerse en los cismas y divisiones de las iglesias, olvidando que el mayor de los bienes consiste en juntar y anudar a los miembros del cuerpo de la Iglesia. Pero desgraciadamente mi inhabilidad al respecto es tan real como mi deseo. Nadie mejor que vos sabe que solamente el tiempo es el remedio de las enfermedades que el tiempo ha agravado. Pero además, es necesario un tratamiento fuerte y vigoroso para llegar a la raíz del mal. Vos comprenderéis lo que insinúo, aunque no hay razón para que yo no lo diga abiertamente.

La autosuficiencia, cuando por el hábito se enraíza en la mente, no cede ni por los esfuerzos de un hombre, ni por una carta, ni en poco tiempo. A menos que haya algún árbitro en quien confíen todos los partidos, no acabarán nunca las sospechas ni los conflictos. Si realmente la divina gracia derramase sobre mí su influjo, y me acordase poder en palabras y acciones y dones espirituales como para im-

ponerme a esos partidos rivales, podría pedirseme entonces ese osado intento. Pero aún así, quizás no me aconsejarías vos que lo intente solo, sin la cooperación del obispo (Meletio de Antioquía) sobre quien recae principalmente el cuidado de la iglesia. Pero él no puede venir hasta aquí, ni yo puedo emprender fácilmente un largo viaje mientras dure el invierno, o, mejor dicho, no lo puedo de ninguna manera, pues las montañas de Armenia pronto resultarán infranqueables incluso a los que son jóvenes y vigorosos, para no decir nada de mis continuas dolencias corporales. No tengo inconveniente en escribirle para decirle todo esto, pero no tengo ninguna esperanza que con escribir logre nada, pues conozco su carácter cauteloso, y al fin y al cabo, las palabras escritas tienen poco poder para convencer las mentes. Hay tantas cosas que urgir, oír, contestar y objetar, que una carta no alcanza, carece de alma y es papel inútil. Así y todo le escribiré, como he dicho. Tan sólo creed, religiosísimo y querido hermano, que no tengo ningún prejuicio en el asunto. Gracias a Dios, hacia nadie los tengo. No me he preocupado por indagar lo que hay de imaginario o de real en las quejas dirigidas contra fulano o mengano; de modo que mi opinión merece vuestra atención, como la de alguien que realmente no puede actuar por parcialidad ni prejuicio. Solamente deseo, con la ayuda de Dios, que todas las cosas puedan ser hechas en conformidad con la Iglesia.

Me ha dolido saber por mi querido hijo, Doroteo, nuestro asociado en el ministerio, que no habéis aceptado la comunión con él. Si mal no recuerdo, no habíamos quedado en eso. En cuanto a enviar alguien a Occidente, no hay caso: no tengo a nadie apto para hacerme ese favor. En realidad, si miro a mi alrededor, me parece que no tengo a nadie de mi lado. Lo único que yo puedo es rogar que me cuenten entre esos siete mil que no se han arrodillado ante Baal.⁹ Sé que nuestros actuales perseguidores buscan matarme; pero esto no conseguirá disminuir en nada el celo que les debo a las iglesias de Dios." (Ep.156)

El lector no habrá dejado de notar el tono de estudiada cortesía con el que están escritas las cartas precedentes. La verdad es que Basilio tuvo que habérselas por todas partes con cuestiones incómodas. Una sola palabra áspera o descuidada a sus corresponsales hubiera contribuido a encender una hoguera. De allí que él, nada menos que el exarca de Cesarea, se volvió el servidor de todos.

"Mucho me aflige" –le escribe en 377 a Pedro de Alejandría, el sucesor de Atanasio– "que mi hermano Doroteo, según me decís, haya cometido faltas de amabilidad y respeto al dirigirse a vuestra excelencia. Lo atribuyo a las circunstancias. Al parecer, por mis pecados, nada me sale bien, pues hasta los mejores entre mis hermanos resultan descorteses e ineptos para su misión, por no actuar de acuerdo con mis deseos." (Ep. 266)

Basilio no alcanzó a ver a las iglesias por las que trabajara en un estado más católico. Este rasgo

de la Iglesia se hallaba deteriorado y ensombrecido en esa parte de la Cristiandad, y tuvo que seguir adelante lo mejor que pudo, admirando, cortejando, aunque fríamente tratado por el mundo latino, deseando la amistad de Roma, aunque herido por su reserva, sospechoso de herejía para Dámaso y acusado de orgullo por Jerónimo.

Traducción de Inés de Cassagne

¹ Hildebrando, monje benedictino de Cluny, a quien le cupo, al convertirse en papa Gregorio VII, extender la reforma ya realizada en su Orden a toda la Iglesia hacia fines del siglo XI.

² San Ambrosio de Milán y el luchador contra el arrianismo San Atanasio de Alejandría, ambos obispos en el siglo IV.

³ Si el arrianismo atacaba la Trinidad rebajando la esencia del Hijo respecto al Padre, el sabelianismo la atacaba también, pero reduciendo las Personas divinas a simples manifestaciones –diversas y temporarias– de una misma individualidad.

⁴ San Atanasio, obispo de Alejandría, el máximo campeón de la fe de Nicea en la lucha posterior contra los arrianos y semiarrianos: por esta causa católica tuvo que padecer varios exilios.

⁵ El papa Dionisio, alrededor del año 260.

⁶ San Gregorio Nacianceno, que fue obispo de Constantinopla.

⁷ San Gregorio de Nyssa, hermano de San Basilio, era ante todo un contemplativo, y por ello poco apto para la diplomacia.

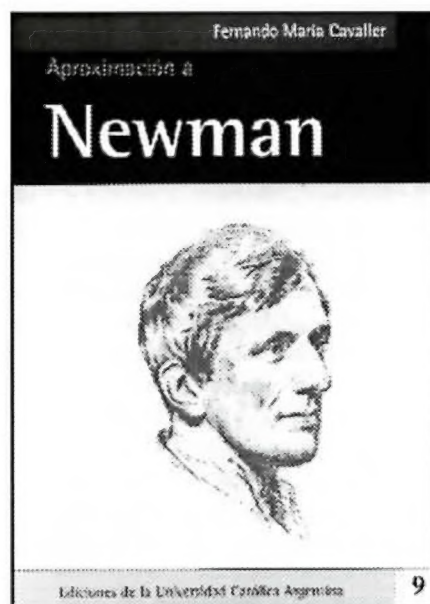
⁸ Esto es una descripción de las falsas doctrinas arrianas.

⁹ Alusión bíblica: III Reyes, XIX, 18

Una obra ideal para una auténtica "aproximación" a la vida y el pensamiento del gran cardenal inglés

INDICE DE LA OBRA

1. El hogar familiar.
2. El hogar inglés.
3. La iglesia anglicana: el hogar espiritual.
4. Ealing: el hogar de la primera conversión.
5. Oxford: el hogar de la fe y la razón.
6. Littlemore: el hogar del paso a Roma.
7. La Iglesia Católica: el hogar para siempre.
 - Old Oscott: el hogar de su infancia católica.
 - Roma: el hogar de su juventud católica.
 - El oratorio de Birmingham: el hogar de su madurez católica.
8. El hogar eterno.



EDICIONES DE LA
UNIVERSIDAD
CATOLICA
ARGENTINA





TARJETA DE SUSCRIPCION 2000

DESEANDO SUSCRIBIRME A NEWMANIANA
POR EL AÑO 2000 (Nº 29, 30 y 31), REMITO LA SUMA DE:

☐

\$ 20.- (SUSCRIPCION ORDINARIA)

☐

\$ 30.- (SUSCRIPCION DE APOYO)

NOMBRE _____ APELLIDO _____

INSTITUCION _____

CARGO _____

DIRECCION _____

COD. POSTAL _____ CIUDAD _____

PROVINCIA (ESTADO) _____ PAIS _____

TELEFONO: _____ FAX: _____

AVDA. LINIERS 1560 (1648) TIGRE - PCIA. DE BUENOS AIRES

“*Por treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso... es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como ‘verdadera’.* **”**

Alocución en Roma con motivo
de la recepción del capelo cardenalicio,
12 de mayo de 1879